

# Cuadernos Koinonia

COMUNIO / COMUNIÓN

*Església Paral·lel (Barcelona)*

**NARNIA**



# EL SEÑOR DE NARNIA.

Si al lector de este Cuaderno le preguntasen: «¿Puede ver algo bueno en un pub inglés de Oxford, a mediados del siglo pasado, donde un grupo de intelectuales se reunían para encender sus pipas, saborear sus buenas jarras de cerveza, discutiendo apasionadamente sobre las sagas de la mitología céltica?», probablemente la respuesta sería un no bastante rotundo.

Es cierto, no estamos mencionando «virtudes» o «prácticas» genuinamente cristianas, pero a veces conviene indagar un poco más antes de arrojar un grueso libro a la cocorota del pobre reportero que se le ocurriese preguntar semejante tontería.

Este grupo que mencionamos no es la alegre tertulia de los bachilleres de la película «El Club de los Poetas Muertos», aunque pudieran tener algunos rasgos comunes. Fueron personajes reales, de carne y hueso, que manifestaban, entre otras, esas costumbres inveteradas. Uno de ellos fue un superviviente de una de las más terribles carnicerías de la historia humana: la Batalla del Somme, en la Primera Guerra Mundial, hoy olvidada, pero posiblemente una de las más cruentas y despiadadas de la triste historia humana. En ella perdieron la vida 600.000 británicos y otros tantos alemanes en una de las escaramuzas bélicas más estúpidas e insensatas que haya pasado a la historia.

Pocos años después de estas horribles experiencias, así como las de la siguiente gran Guerra, vemos algunos de estos supervivientes en este paraíso de estudiantes e intelectuales de esta célebre población universitaria. Pero nos quedamos con la boca abierta cuando nos enteramos que semejante «pandilla» de bohemios eran conocidos con el sorprendente apelativo de «los cristianos de Oxford».

Algunos de sus componentes han pasado a la historia del siglo XX como los más grandes creadores de la narrativa cristiana juvenil. Uno de estos incorregibles «juerguistas», superviviente de la batalla del Somme, es considerado como el mayor «creador de mitos» del siglo XX. Su obra más famosa, en formato de trilogía, ha sido llevada a la gran pantalla con un éxito clamoroso, y su hijo acaba de publicar recientemente una obra póstuma inacabada («Los hijos de Hurin»), que él mismo llevó a su conclusión. Otro colega suyo (en el sentido más literal de la palabra) ha escrito los cuentos infantiles más maravillosos del siglo XX, el primero de los cuales ya ha sido llevado también a la gran pantalla, batiendo récords de taquilla para mayor irritación de una sociedad tan «postmoderna» y «anticristiana». Las obras de ambos se han vendido por decenas de millones de ejemplares en todo el mundo y siguen vendiéndose como rosquillas. Una de ellas es, como ya habrán adivinado nuestros lectores «El Señor de los Anillos»; la otra «las Crónicas de Narnia». Hablar de sus autores o comentar sus obras maestras escapa a las modestas posibilidades de esta humilde y voluntariosa Redacción. Pero, ¿por qué no hablar del «Señor de Narnia»? Estoy seguro que la mayoría de los hermanos de nuestra Iglesia habrán visto la extraordinaria película, una de las mejores películas cristianas de todos los tiempos (aprovecho para comunicar a nuestros lectores que, si no fallan los cálculos, sobre mayo del 2008 se proyectará la continuación de esta fantástica saga, con las aventuras de «El Príncipe Caspian»). Perdersela tendría las mismas consecuencias que «el pecado imperdonable».

Aunque, evidentemente, el título de este **Cuaderno Koinonia** surge como un juego de palabras entre «El Señor de los Anillos» y las «Crónicas de Narnia», no hacemos alusión a un híbrido de ambos relatos ya legendarios, sino al personaje central de las Crónicas: **el Soberano Creador y Señor de Narnia**, figura, tipo y alegoría del gran Creador y Señor de nuestro propio mundo, encarnado en la magistral figura del regio león. Creo que esta ambiciosa tarea merece la pena y constituye, en sí misma, un objetivo absolutamente gratificante, tanto para la Redacción como para los lectores a quienes guste la lectura de estos Cuadernos monográficos.

Aquel grupo de intelectuales desenfadados que se reunían en el pub «Eagle and Child», cerca del centro de la población universitaria de Oxford, casi cada martes por la mañana durante 30 años, y también, durante más de 15 años una vez a la semana a lo largo de todo el curso académico, en las habitaciones de Lewis en el Magdalen College, o en las de Tolkien, en Exeter, y les gustaba denomi-

narse a sí mismos como los «Inklings». Se leían pasajes unos a otros, por puro placer, haciéndose análisis críticos de los textos que habían escrito y, por lo general, disfrutaban de unas reuniones fantásticas.

En la taberna de Oxford, el pub «Eagle and Child», envueltos en el espeso humo del tabaco, frente a mesas cargadas con recipientes de té, jarras de cerveza o sidra, debatían temas (a menudo en voz alta, y siempre ingeniosamente) que incluían teología, filosofía y literatura, poesía y narraciones, y cuestiones tan diversas como si los perros tienen alma o los peligros de convertir un relato en película, en aquellos románticos tiempos del “blanco y negro”.

Los habituales de los «Inklings» eran J.R.R. Tolkien, C.S. Lewis, y su hermano Warren Lewis, Charles Williams, Owen Barfield, Hugo Dyson y otros más, aunque los más descolantes fueron Lewis, Tolkien, Williams y Barfield. Todos encarnaban los ideales de Lewis de la alegría, disfrute de la vida y placer.

Antes de publicar su monumental «El Señor de los Anillos», Tolkien lo leyó enterito durante su dilatada redacción a sus buenos amigos de los «Inklings», que aceptaron el relato con gran entusiasmo, afianzando su clamoroso éxito posterior. Sin embargo, cuando Lewis abordó «El León, la Bruja y el armario», y más tarde se sintió impelido a prolongarlo en sus célebres Crónicas, obra maestra de Lewis, sorprendentemente no resultó del agrado de Tolkien, lo que fue agrietando su dilatada amistad y terminó por distanciarlos definitivamente. Este desenlace es tanto más incomprensible si tenemos en cuenta que el católico J.R.R. Tolkien tuvo una influencia decisiva en la conversión de Lewis desde el ateísmo radical de su juventud al cristianismo (formalmente, como un laico de la Iglesia Anglicana, aunque destacó como uno de los más grandes y populares apologistas cristianos del siglo XX).

Merece la pena rescatar de las memorias autobiográficas de Lewis el fragmento del emocionante momento de su conversión (al final de este Cuaderno dejaremos que nuestro respetado crítico literario y teólogo José de Segovia nos de unas interesantes pinceladas adicionales sobre la biografía de Lewis, para entender mejor a este singularísimo cristiano):

*«Debes imaginarme solo, en aquella habitación del Magdalen, noche tras noche, sintiendo, cada vez que mi mente se apartaba por un momento del trabajo, el acercamiento continuo, inexorable, de Aquél con quien, tan encarecidamente, no deseaba encontrarme. Aquél a quien temía profundamente cayó al final sobre mí. Hacia la festividad de la Trinidad de 1929 cedí, admití que Dios era Dios y, de rodillas, oré; quizá fuera, aquella noche, el converso más desalentado y remiso de toda Inglaterra...»* (“Cautivado por la Alegría. Historia de mi conversión”, 1955).

A lo largo de esta temporada nuestra Iglesia ha pasado momentos difíciles, de tensión, y también de dolor. A estas alturas del año necesitamos tranquilizarnos y renovarnos mientras dure el período veraniego que, se supone, nos ofrecerá oportunidades de descanso y deleite personal. Para este objetivo siempre viene bien una buena lectura, por lo que hemos preparado este **Cuaderno Koinonía**, con no pocas ilusiones y deseos de contribuir a tales propósitos. Sólo deseamos añadir una recomendación previa: la lectura de estas páginas va destinada a adultos de cualquier edad, siempre que sean capaces de «hacerse como niños». Si no fuera así, aparte de que no entraríamos en el Reino de los Cielos, estas páginas no estarían destinadas a vosotros. Un adulto que no sea capaz de sumergirse en la lectura de un cuento de hadas, o de lanzarse a aventuras increíbles como navegar hasta el fin del mundo, con toda seguridad no encontrará nada de provecho en estas páginas. Pero si somos capaces de dar un amplio margen de libertad al niño que todos llevamos dentro, para asombrarnos, admirar-





nos, dejando que la verdadera magia (no la hechicería) nos transporte a mundos de ensueño en los que, por añadidura, podemos extraer profundas lecciones espirituales, sin darnos cuenta de ello, no hay la menor duda: esa es vuestra lectura para disfrutar un buen verano.

Pero para ser totalmente francos y sinceros, esperamos que no os limitéis a leer estas páginas, sino que éstas os impulsen a leer alguna de las novelas de esta colección (o las siete enteras, ¿por qué no?; yo me las he leído en menos de medio año). Actualmente son fáciles de conseguir en cualquier librería, y sólo cuestan 12 € cada una. Incluso os podéis permitir el lujo de leerlas de forma totalmente gratuita y a vuestra comodidad; basta con ir a cualquiera de las Bibliotecas Públicas de Barcelona, y se encuentran fácilmente en la sección de novelas (o novelas juveniles) pudiéndolas solicitar de préstamo (el préstamo dura tres semanas, prorrogables otras tres). Más facilidades, imposible...

Si me permitís que os recomiende algunas, os propondría:

- **El Príncipe Caspian:** se estrenará en el cine en la primavera del 2008, por lo que sería muy interesante leerla ahora. Podría considerarse como un relato alegórico de la vida cristiana, y es la continuación natural de «El León, la Bruja y el armario».
- **El sobrino del mago:** su temática principal sería el Génesis de Narnia (el pasaje más bello y cautivador de la novela). Es muy interesante observar como el autor introduce el “origen del mal” en este mundo recién creado. Su protagonista principal es un niño que en la película anterior se nos presentó como el “sabio profesor” Dígory Kirke, dueño de la mansión del armario, donde se alojaban los cuatro niños refugiados de la guerra.
- **La travesía del “Viajero del Alba”.** Un viaje lleno de sorpresas y aventuras deliciosas, en busca del fin del mundo, donde se halla el País de Aslan. Es un homenaje literario a la Odisea, de Homero, y a los viajes de Simbad el Marino. También nos evoca, en muchos aspectos, el viaje alegórico del Peregrino de Bunyan.
- **La última batalla.** Describe el Apocalipsis de Narnia y la entrada de los creyentes al cielo (la verdadera Narnia). Es un insuperable epílogo de esta serie y fue galardonada como la mejor novela del año, cuando se publicó su primera edición.

A todos los que os hicieris como niños: ¡Feliz lectura veraniega!

Francesc Closa. 7 de mayo de 2007.



# ASLAN, NARNIA Y LA ORTODOXIA

Adaptado de «Guía completa a Narnia», de Colin Duriez. Publicaciones Andamio, 2005.

C.S. Lewis era un crítico literario que también sentía un marcado interés por la filosofía. Él pensaba que todo lo que escribía era la ofrenda de un laico. Exponía algunas de sus opiniones de forma explícita como especulaciones, a la vez que intentaba establecer una teología ortodoxa, a la que denominó «mero cristianismo» (su brillante apologética quedó finalmente cristalizada en un libro perdurable que llevaría este mismo nombre). Éste era un fundamento teológico que compartía con su gran amigo J.R.R. Tolkien, que era católicorromano (su amistad lo sacó del ateísmo de su juventud, al que se aferró tenazmente, fructificando hasta llevarlo a su conversión al cristianismo).

Lewis descubrió este «territorio común» en escritores cristianos del pasado que le gustaban mucho (como el poeta Edmund Spenser, George Herbert y John Milton; el narrador y predicador John Bunyan; el místico cristiano Thomas Thaerne y muchos otros, así como escritores contemporáneos como G.K. Chesterton, Charles Williams o Dorothy L. Sayers). Este espíritu de profundo respeto a las creencias cristianas básicas parece muy distante de nuestro mundo evangélico actual, tan fragmentado y enrocado en denominaciones, tendencias y escuelas teológicas de todo signo, donde la «pureza doctrinal» solo parece existir en la congregación o la individualidad de cada creyente.

Para Lewis la Biblia tiene el carácter de una revelación de Dios, que contiene verdades únicas, escritas bajo la forma de géneros variados del mundo antiguo (narrativa histórica, poesía, alegoría, parábola, literatura apocalíptica...). Para él los Evangelios expresaban el significado de la naturaleza divina, el pecado, la salvación y la expiación, combinando las cualidades de una buena historia con el formidable hecho de ser experiencias históricas y reales. La ortodoxia oficial de Lewis respondía a un anglicanismo tradicional y como D.L. Sayers o G.K. Chesterton, se complacía en los dogmas.

En el centro de la teología narniana –el tema que ahora nos interesa– tenemos, por supuesto, a **Aslan**, como encarnación de la divinidad en forma física. No sólo aparece en las siete narraciones de las Crónicas, sino que es también el personaje central de cada una de ellas. Lewis consideraba que la **encarnación** era la doctrina central de la fe cristiana, lo cual expresó de forma brillante en su libro «Milagros», afirmando que «todos los demás milagros preparan este otro, o lo manifiestan o son su consecuencia». Por ello, todos los sucesos de Narnia acaban señalando a Aslan, de forma parecida a la Biblia, donde todos los libros señalan al Señor Jesucristo.

A lo largo de las Crónicas tenemos **paralelos bíblicos explícitos** (expresados en el formato de cuento o narración infantil), tales como la Creación, el Edén, la Caída en el pecado o el mismo Apocalipsis, entre otros. También tenemos paralelos **implícitos** en muchos episodios. En la novela y película «El León, la bruja y el armario» Dios queda oculto en un largo siglo donde “siempre es invierno y nunca llega la Navidad”; pero la espléndida aparición de Aslan evoca esa primavera a la que constantemente se refieren los profetas del A.T. En «El Príncipe Caspian» (la próxima película que veremos en el 2008) queda un “remanente fiel” como el que hubo en los tiempos más oscuros del pueblo de Israel..

Las Crónicas retoman el tema bíblico del **mal** como ilusión y engaño (no como una realidad equiparable al **bien**), relacionado con la idea bíblica de los ídolos y la capacidad de Satanás de aparecer como ángel de luz. Tenemos, por ejemplo, la tentación a la que sucumbe el niño Edmund, que provocará más tarde la «traición» a sus hermanos, siendo la causa del sacrificio voluntario de Aslan para redimir su vida. Vemos la belleza engañosa de brujas como Jadis, o la Bruja Blanca de la película, y también la Bruja Verde de otro relato. Incluso tenemos la figura de un «anticristo» en el último libro de la serie, trazándose un claro paralelo con el Apocalipsis bíblico, que suplanta de forma engañosa a la gloriosa figura de Aslan. Frente al tema del **engaño** y la ilusión, se muestra la ne-

cesidad de abrir los ojos a la realidad para cambiar nuestros puntos de vista; ello es equivalente, en términos morales, a la victoria sobre el pecado y la tentación.

Una de las descripciones más claras de la «**teología**» subyacente en las aventuras de Narnia la ofreció el mismo Lewis en una carta que escribió a una niña llamada Anne, fechada el 5 de marzo de 1961. En ella el autor explica que todos los relatos tienen un **trasfondo espiritual** dominante. En «*El sobrino del mago*», la narración mira hacia atrás en el tiempo narniano para mostrarnos la grandiosa obra de la creación de Narnia, y también ofrece una explicación de la preexistencia del mal en el paraíso narniano, a semejanza de lo que sucedió en el verdadero paraíso del Edén. En «*El León, la Bruja y el armario*» se nos presenta de forma muy impactante la obra cumbre de la Redención humana, como es la crucifixión y resurrección de Jesucristo, con su claro paralelismo en el sacrificio y la resurrección de Aslan, que constituye el verdadero clímax de la narración. En «*El Príncipe Caspian*» (que se estrenará también en las pantallas durante la primavera del 2008) nos muestra la restauración de la verdadera religión, después de un período de fuerte decadencia espiritual, a pesar de lo cual subsiste con firmeza un reducido grupo de personajes fieles a la vieja Narnia, clara alusión al concepto bíblico del «remanente fiel», que siempre persiste en todas las horas oscuras del pueblo de Dios. En «*El caballo y su jinete*», el tema subyacente es el llamamiento y la “conversión” de un pagano, protagonista de esa narración. En «*La travesía del Viajero del Alba*», fascinante relato lleno de imaginación, fantasía y símbolos espirituales, se desarrolla una muy sugestiva descripción de la vida espiritual del creyente, mostrando su máxima expresión en la búsqueda incansable del ratón Ripichip (o Reepicheep) que le empuja a dirigirse al País de Aslan; aunque Lewis rinde un homenaje literario a la célebre Odisea de Homero y a los viajes de Simbad el marino, en *Las mil y una noches*, con esta preciosa narrativa nos ofrece también una versión libre, y muy bien adaptada a la receptiva mentalidad infantil, del no menos célebre Peregrino de John Bunyan. La siguiente obra, en la cronología narniana, «*La Silla de Plata*» se centra en la constante batalla espiritual contra los poderes de las tinieblas; es remarcable la imagen que se nos ofrece de la vía de escape que nos permite huir de la siniestra Ciudad en Ruinas, como una diminuta grieta en la tierra, evocando la figura bíblica de la “puerta estrecha” que conduce a la vida para aquellos que pueden verla (con la ayuda de las instrucciones divinas). La última, y magnífica novela, de «*La Última Batalla*», describe de forma asombrosa (tanto por los recursos narrativos empleados como por las bellísimas imágenes espirituales implícadas) el impresionante Apocalipsis narniano, así como la aparición la Narnia nueva, equivalente a nuestra radiante esperanza de unos cielos nuevos y una tierra nueva, y las maravillosas imágenes del reencuentro con los seres queridos que nos han precedido.

En todas estas aventuras infantiles Lewis recurre constantemente a la **Biblia** para refrescar y renovar, e incluso reordenar, la percepción del lector. De una forma muy básica, directa y cotidiana, fomenta lo que podríamos llamar una **percepción simbólica de la realidad**. Es decir, la realidad se contempla a través del mensaje primario de un relato novelado, de las múltiples imágenes subyacentes a lo largo de las Crónicas y muchos otros elementos simbólicos que van sedimentando imperceptiblemente en el alma del lector / espectador. Ningún niño percibirá a primera vista que el majestuoso león que vio en la pantalla del cine sea una evocación de la persona de Jesucristo, pero cuando oiga hablar del sacrificio de Cristo en la cruz no podrá dejar de evocar en su subconsciente las tremendas escenas del sacrificio de Aslan. El efecto subliminal de estos mensajes permitirá a muchos lectores asimilar muchas de las valiosas lecciones que nuestros hijos aprenden en el marco más formal de las escuelas dominicales.

## **LA PRESENCIA DE «DIOS» EN LAS CRÓNICAS.**

Lewis observó que las personas se muestran muy reacias a pasar de la idea de una deidad abstracta y difuminada a la de un Dios vivo (el Dios de la Biblia), que tiene un carácter determinado y nos exige ciertas cosas. Como lector empedernido y magnífico erudito literario que fue, con un gran prestigio académico, se daba perfecta cuenta que la **fantasía** y los **cuentos de hadas**, como los **mitos**, tienen el notable poder de concretar las abstracciones y volverlas reales.

En el escenario de las Crónicas la revelación visible de Dios se manifiesta, como es evidente, en el **mágico personaje de Aslan**, elusivo y semioculto en muchas ocasiones, pero bien definido en su carácter y presencia; salvaje y sorprendente; terrible y a la vez entrañable; su intervención culminante en todos los relatos, invisible en gran parte de ellos, siempre conforma y resuelve los acontecimientos de una manera providencial.

Como todos sabemos muy bien, la gente se evade de la idea de Dios; huye de la concepción de un Dios definido, concreto y personal. Pero para Lewis Dios es un hecho, una realidad viviente, no el resultado de un argumento racional. En lugar de tratarse de una idea abstracta o un símbolo humano (como un ídolo), Dios es aplastantemente concreto y real. Desde su perspectiva vocacional, Lewis pensaba que el lenguaje pictórico plasmado en las historias ficticias ofrecían una descripción más asimilable de la realidad espiritual, incluyendo la tremenda realidad de Dios.

El joven Lewis (de convicciones ateas durante parte de su juventud) comenzó a sentir la concreción de Dios, antes que nada, por medio de las historias y los mitos legendarios. Pero su intensa formación lógica le demandaba que la realidad concreta de Dios debe percibirse en hechos y acontecimientos literales del mundo real. Esto le fue preparando para hallar más tarde a Dios por medio de los hechos literales de la encarnación, la vida, la muerte y la resurrección de Cristo en la Palestina del siglo primero, sin perder la fuerza y el intenso atractivo que tienen tales hechos para la imaginación del hombre.

Como otro famoso escritor cristiano, que sobresale en el terreno de la literatura fantástica, y que influyó poderosamente en su pensamiento, el escocés George MacDonald, Lewis concebía a Dios como «**el alegre Creador**», y por ello consideraba que la **encarnación** era el milagro por excelencia, que nacía del deseo divino de involucrarse en su creación. Mediante su creación literaria del León Divino Aslan pudo desarrollar esa maravilla de la encarnación por la vía imaginativa. La concepción de Dios no se restringe a la magistral contemplación del personaje de Aslan, sino que se plasma también en la figura del enigmático «**Emperador de Allende los Mares**», un término metafórico para el Padre de Aslan, quien representa a Dios el Padre de la Trinidad bíblica, quien habita en el País de Aslan y el Fin del Mundo, más allá del océano oriental. Sus alusiones son siempre indirectas, preservando la característica esencial de la invisibilidad de Dios.

Lo que más recuerdan muchos lectores de Lewis son las refrescantes imágenes de Dios y de Cristo que él describió, permitiendo a los habitantes de nuestro mundo moderno captar de nuevo —o por primera vez— el significado tangible de la realidad de Dios. El gran deleite que sentía Lewis por la gloriosa obra de la **Creación de Dios** constituye el núcleo de su literatura fantástica y su teología novelada (como se aprecia, por ejemplo, en su “trilogía de Ransom”, obras de ciencia – ficción basadas en viajes imaginarios a nuestros planetas vecinos, con sugerentes y fantásticas descripciones).

## **ASLAN, EL LEÓN – CREADOR DE NARNIA.**

Narnia es un país de animales parlantes, a pesar de que los seres humanos acceden a él desde diferentes “puertas mágicas” desde nuestro mundo (recordemos el acceso desde el armario mágico, en la película).

Su **creador** no puede ser otro que Aslan, el gran León parlante, quien —a semejanza de Cristo— tiene dos naturalezas; en este caso la naturaleza divina, y su naturaleza como león parlante dotado de racionalidad, quien se revela a las criaturas de Narnia y a algunas de nuestro mundo.

La palabra Aslan procede del idioma turco, y significa «león». En paralelo a la revelación de Dios en Jesucristo, en esos relatos fantásticos se nos muestra como un león parlante, con todas las características narnianas de un «personaje real». Él es soberano, el Rey Supremo de todos los animales y criaturas narnianas, y domina sobre todo el territorio que alcanza el mundo de Narnia.

El símbolo del león es siempre una imagen tradicional de **autoridad**. En su obra «El problema del dolor», Lewis dice: «*Creo que el león, cuando haya cesado de ser peligroso, seguirá siendo temible*». El emblema del león aparece frecuentemente en el arte oriental como la figura de un guardián poderoso.

El teólogo Austin Farrer, amigo íntimo de Lewis, comentó sobre las **raíces bíblicas del león Aslan**: «Al vidente del Apocalipsis se le muestra a Cristo como cordero, no como león. Pero hemos de observar que en su primera aparición el león – cordero se introduce como un sustituto paradójico de un león – Cristo. “Y uno... me dijo: no llores; he aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro...” (Ap. 5:5 y ss). Un vidente judío de prácticamente la misma fecha presenta la mejor imagen del Aslan real: “Y miré y he aquí como si un león saliese del bosque rugiendo; y le oí clamar con voz humana... Éste es el Mesías a quien el Altísimo ha reservado hasta el fin de los tiempos, que nacerá de la simiente de David” (2 Esdras 11:37; 12:32). El León – Mesías de la tradición judía se deriva de los oráculos de Jacob sobre sus doce hijos. Él alaba a Judá como la raíz regia, un león al que nadie se puede oponer, una mano que jamás soltará el cetro (Gén. 49:9)».

En Aslan detectamos un rasgo esencial: es un **león salvaje**, de condición indómita, no una criatura domesticada. Como dice el señor Castor, resulta peligroso. Pero Lewis equilibra perfectamente la naturaleza salvaje y aterradora de Aslan con su accesibilidad, hermosura y delicadeza. Él permite que las niñas Lucy y Susan hagan algo que jamás se hubieran atrevido a hacer sin su permiso: para consolarle, hunden sus manos en el mar de su hermosa melena. Tras su resurrección, él baila con ellas, y más tarde Lucy no será capaz de diferenciar si era como jugar con una tormenta o con un gatito. En «El Príncipe Caspian» se nos ofrece una magistral descripción de su rugido:

*«El sonido, hondo y palpitante al principio, como un órgano que hubiese empezado por una nota baja, se elevó, ganó potencia, cada vez más agudo, más alto, hasta que la tierra y el aire comenzaron a temblar con él. Se alzó desde aquella colina y flotó a través de todo Narnia».*



## LA MAGIA EN EL MUNDO DE NARNIA

Adaptado de «Guía a “El León, la Bruja y el armario”», de Leland Ryken y Marjorie Lamp Mead. Publicaciones Andamio, 2006.

La magia en la literatura es un tema muy mal entendido que debemos abordar con cierta dosis de precaución y paciencia.

En sus relatos de Narnia, Lewis pretende que la magia sirva como metáfora o símbolo de significados espirituales. Hay una clara conexión entre su aplicación de la magia y las profundas raíces cristianas de su narrativa.

La magia en las Crónicas de Narnia es, antes que nada, una convención literaria, no un fenómeno oculto. Uno de los aspectos sobresalientes de esta obra es el gran número de géneros literarios que convergen en ella, como afluentes al gran curso del río literario. En todos ellos, la magia está presente como parte del mundo sobrenatural del relato. La magia es común (aunque no esencial para el género) en la literatura fantástica, y a los lectores de literatura infantil les agrada de forma natural encontrar algunas pinceladas de magia.



En el cuento de hadas, el mito o el romance, la magia no se presenta como algo que existe literalmente en nuestro propio mundo, sino más bien de una **forma que adoptan los aspectos sobrenaturales el «otro» mundo imaginario** del cuento. Actúa como un símbolo o metáfora que refleja el mundo sobrenatural, bueno o malo, en el universo.

Debido al auge de las historias de **Harry Potter** muchos escritores cristianos conservadores han comenzado a cuestionar el uso de la magia en la narrativa infantil, incluyendo las obras de J.R.R. Tolkien y el propio C.S. Lewis.

Sin embargo, es importante que los lectores aprendan a distinguir entre los usos literarios de la magia en Lewis (o Tolkien) y la hechicería y ocultismo tan presentes en los libros de Harry Potter, de una forma cada vez más siniestra.

El uso que hace Lewis de la magia es, en realidad, una afirmación del paradigma cristiano, en el que lo natural se acepta como real (de hecho, como lo «verdaderamente real»). En este sentido, las intervenciones mágicas en el mundo ficticio de las hadas serían un equivalente a los elementos milagrosos en nuestro propio mundo real.

En los libros de **Harry Potter**, la magia **constituye el centro de todo y llama la atención sobre sí misma** (incitando a los lectores a poner en práctica los “aprendizajes” de sus explícitas prácticas ocultistas). No podemos decir lo mismo de los libros sobre **Narnia**, porque en ellos **la magia afirma el poder trascendente de Aslan** y la realidad de un mundo espiritual invisible.

Existen también ciertas diferencias en la forma de plasmar la magia dentro de las novelas. En las **Crónicas**, la magia existe primariamente en un mundo de fantasía alejado del nuestro (la excepción principal a esta generalización es la entrada mágica de nuestro mundo a Narnia, que tiene lugar en cada uno de los siete libros). En los relatos de **Harry Potter** la práctica de la magia está circunscrita a nuestro propio mundo, no a otro entorno separado de nuestra existencia (aunque también tenga «puertas mágicas» como el acceso al ferrocarril que conduce a Hogwarts).

Los sucesos mágicos en «El León, la Bruja y el armario» tienen lugar, básicamente, gracias al poder de agentes sobrenaturales, lo cual preserva la sensación de que son manifestaciones de su poder. En Harry Potter la magia suele ser el resultado de la expresión humana de hechizos o encantamientos, la adivinación y las prácticas ocultas, todo lo cual está terminantemente prohibido por las Escrituras.

El propio Lewis nos ofrece luz sobre esta importante distinción en los primeros capítulos de «La Silla de Plata», donde los dos protagonistas –Eustace y la niña Jill Pole– trataban de huir del acoso de los matones de su espantosa escuela, para lo que buscan un acceso que los traslade a Narnia, donde Eustace ya había estado, en la fantástica travesía del ‘Amanecer’. Mientras debaten cómo lograr sus propósitos, la niña sugiere que dibujen un círculo en el suelo y reciten encantamientos; en otras palabras, pretende efectuar un hechizo o conjuro clásico a través de cuyo poder alcancen sus propósitos. Eustace que ya conoce Narnia, en cuya estancia se vio muy transformado tras su encuentro con Aslan, rechaza enérgicamente esta idea diciendo: *«Creo que ése es el tipo de cosa en la que estaba pensando, aunque nunca lo hice. Pero ahora que tocamos el tema, creo que todos esos círculos e historias son sandeces. No creo que a él le gusten. Parecería que pensábamos que podríamos obligarle a hacer cosas. Pero, en realidad, sólo podemos pedirselas»*.

Aquí Lewis afirma lo que realmente conlleva la magia en Narnia: por lo general, a los niños no se les permite usarla, pero se les invita a que pidan ayuda a Aslan (naturalmente, nosotros lo entenderíamos como una invitación a recurrir a la oración en momentos de necesidad).

Estas distinciones nos permiten entender que la magia en las Crónicas de Narnia es un mero recurso literario utilizado primariamente para expresar los símbolos y verdades del cristianismo como trasfondo de cada relato. En los libros de Harry Potter la magia va más allá del uso limitado que requiere ese género literario, por lo que no se utiliza para encarnar metafóricamente los aspectos sobrenaturales o espirituales del cristianismo, aunque muchos críticos subrayan la distinción que hace Rowling entre la magia buena y la de las fuerzas oscuras que son derrotadas, en última instancia, por

el poder superior del amor. A pesar de ello, las prácticas de la magia son demasiado explícitas y accesibles para un público infantil o juvenil ávido de experiencias y conocimientos nuevos.

### EL TRIUNFO DE LA BRUJA. PARALELOS CON EL RELATO DE LA PASIÓN.

No cabe duda que la Biblia es el trasfondo que impregna toda la trama de «El León, la Bruja y el armario» (en lo sucesivo «LBA»), siendo la estructura fundamental de una parte importante del relato (aunque no de todos los capítulos).

El propio Lewis señaló que «toda obra de arte puede ser “**recibida**” o “**usada**”. En el primer caso, *la forma creada por el artista determina* el comportamiento de nuestra sensibilidad, de nuestra imaginación y de otra serie de facultades. En el segundo, esa forma es un mero auxiliar para el ejercicio de nuestras propias actividades». En otras palabras, la obra debe establecer sus propias pautas e intereses, por lo que unas veces podremos ver significados cristianos y alusiones bíblicas donde realmente existan, pero no en otros lugares en que el autor utiliza otros temas o recursos literarios.

Si seguimos el relato de «LBA» en el orden natural de su lectura, se hace evidente que los **símbolos y referencias bíblicas** se acumulan en los últimos cinco capítulos. Hasta esos capítulos la historia se ha ido desarrollando siguiendo la dinámica propia de un cuento de hadas o un romance. Al llegar al capítulo 13 surge una mención de «la magia insondable», siendo una forma de indicarnos que la historia comienza a adquirir una nueva trascendencia espiritual. Ha habido indicios esporádicos que apuntan a ese momento, como la conversación en casa de los castores, en que se mencionan los cuatro tronos de Cair Paravel y la profecía acerca del reinado de dos hijos de Adán y dos hijas de Eva, que cuando se sienten en esos cuatro tronos será el fin del maligno reinado de la Bruja Blanca (capítulo 8). En el capítulo 13 se intensifican de forma creciente estas insinuaciones espirituales en el desarrollo de la acción. La batalla entre animales y semihumanos (centauros...) parece ser más que un combate militar convencional. Una víctima «culpable» llevada a una misteriosa Mesa de Piedra, nos induce a pensar en una escena de sacrificio expiatorio. El hecho de que Edmund regrese compungido con sus hermanos después de que Aslan les dice que «no tenéis por qué hablar con él sobre algo ya pasado», nos señala claramente hacia el profundo tema del perdón (aunque no se utiliza explícitamente esa palabra). O la mención importante de que «todo traidor» es la «presa legítima» de la Bruja, o las referencias a que toda Narnia caerá a menos que la Bruja reciba una ofrenda cruenta como castigo por la traición. Pero por encima de estas señales subliminales vemos la clara alusión a una «Magia Insondable» que gobierna la acción en este punto de la historia.

En «LBA», el tema de los dos mundos es esencial para los propósitos de Lewis. Éste hace referencia a la premisa de que la realidad existe en dos niveles: el mundo visible en que vivimos, y un reino invisible, sobrenatural, pero no menos real. El mundo invisible penetra en el nuestro y ejerce una influencia en su gobierno. De principio a fin, la **Biblia** manifiesta un patrón semejante de sucesos que tienen lugar en dos niveles: el terrenal y el sobrenatural o espiritual. En la Biblia vemos, además, lo que los expertos en literatura denominan una «**metanarrativa**», es decir, una «gran historia» de la que los sucesos o acontecimientos ordinarios de todos los personajes forman parte como capítulos de un mismo libro. Esa historia de fondo nos habla de un conflicto cósmico, universal, entre el Bien y el Mal espirituales. La estructura de esa gran historia tendría la forma de una «U», con cuatro fases principales: la creación por parte de Dios de un mundo perfecto; la pérdida de la inocencia al caer en el pecado; la historia humana después de la Caída; y la derrota final del Mal, instaurándose el Bien a todos los niveles.

Dentro de la historia ordinaria, el relato del plan progresivo de Dios con objeto de redimir a otras criaturas caídas nos ofrece otra «metanarrativa». Algunos puntos importantes de la misma son los tratos de Dios con un pueblo con quien establece un pacto, sus promesas continuas de enviar un Salvador, la llegada de Cristo como expiación por los pecados humanos, y la participación de los creyentes en ese drama del perdón y la salvación. Cuando leemos la Biblia, el escenario inmediato de cada historia no deja de interrelacionarse con esa gran historia que abarca la Biblia de principio a fin.

## EL RELATO DE LA PASIÓN EN EL MARCO DE NARNIA.

Aparte de presencia a gran escala de la Biblia con su «metanarrativa» incorporada al mundo imaginario de Narnia, los capítulos finales están saturados de intensos paralelos y alusiones bíblicas, que saltan a la vista para cualquier cristiano maduro.

Curiosamente, Lewis confiesa su pretensión de que las imágenes de fantasía de su relato (esta fue la prima obra de las Crónicas que escribió, y entonces no se planteaba escribir una serie, sino una obra completa en sí misma), careciesen de «elementos cristianos», pero a continuación admite que «ese elemento se infiltró por propia voluntad», a medida que desarrollaba su historia. En otras palabras, el elemento cristiano de «LBA» hace acto de presencia por que ya existía firmemente arraigado en el espíritu y el corazón de Lewis, y aunque no intentó «pegar el elemento cristiano» a su obra, éste afloró por sí mismo, para alcanzar su clímax en este espectacular e intenso relato del sacrificio de Aslan. Señalamos algunos indicios reveladores en el capítulo 14 que nos van conduciendo a este drama culminante:

- La marcha de Aslan con sus seguidores, camino de un patíbulo que se intuye en la oscuridad; mientras viajan, Aslan da instrucciones a sus súbditos sobre una batalla futura.
- Una cena vespertina agobiante y sombría.
- Dos seguidoras insomnes, como las mujeres de los Evangelios, que sigue a Aslan hasta el lugar de su ejecución.
- El comentario de Aslan, lleno de angustia, de que se siente triste y solo.
- La ejecución de Aslan en medio de las burlas malignas de unos torturadores horribles y demoníacos.
- La tristeza inexpressable que transmite Aslan cuando muere.

### «MAGIA MÁS INSONDABLE DE LOS ALBORES DEL TIEMPO».

La muerte de Aslan, narrada en el capítulo 14, señala el punto más bajo en la trama con forma de «U» de «LBA». El capítulo 15 constituye el clímax, el punto más bajo, a partir del cual la historia se va desarrollando hasta coronar un final feliz. Si el capítulo 14 es la versión narniana del relato de la Pasión, el 15 es el relato de la Resurrección.

Los detalles de este texto corresponden a lo que los expertos literarios denominan «**el arquetipo del renacimiento**» (la primavera, después de un invierno desolador; dicho aspecto tiene también un paralelo explícito en esa obra). Este arquetipo, que expresa el anhelo de renacer, es el deseo más profundo que Dios ha colocado en el espíritu del hombre. La sensación que provocan las manifestaciones de ese arquetipo se podrían describir como una sensación de alivio o una fiesta de celebración. Su amigo Tolkien señalaba que en las crisis que manifiestan ese arquetipo, una aparente derrota se transforma en una impensada victoria, lo que viene acompañado por la alegría, una «alegría más allá de los límites del mundo, intensa como la pena».

Algunas de las formas habituales de manifestarse ese «arquetipo del renacimiento» dentro de la literatura universal incluyen:

- La resurrección de un muerto.
- Imágenes de una primavera radiante.
- El amanecer, el paso de las tinieblas nocturnas al fulgor incipiente de la luz.
- La transformación perceptible de una criatura; en ocasiones de la muerte a la vida, o también de un estado de debilidad a manifestaciones de poder creciente.

Aunque nos puede parecer inapropiado abordar en este momento las características del género del **cuento de hadas** (especialmente en ese punto de la historia en la que contemplamos, figuradamente, la resurrección de Jesús del sepulcro, y su aparición a las mujeres y a los discípulos en el camino de Emaús, el Domingo de Resurrección), los recursos literarios que utiliza Lewis nos invitan a ello. Observemos, por ejemplo, que el equivalente bíblico a la piedra retirada de la tumba para

mostrar el sepulcro vacío, aquí se nos presenta como la invasión inesperada de un ejército de ratoncillos amigos, quienes comienzan a roer las cuerdas que ataban al León para liberarlo de sus ataduras.

Antes de seguir nos conviene entender el **cuento de hadas** como un género literario particular. Estos cuentos son un género primitivo que nos acompaña ininterrumpidamente desde los albores mismos de la palabra escrita, y que puede definirse correctamente como un tipo de **literatura popular, atractiva tanto para niños como para adultos**; para personas con una capacidad literaria simple como para espíritus cultos y sensibles. Estos cuentos nos presentan un mundo simplificado en que las manifestaciones de un **Bien** evidente combaten contra las huestes de un **Mal** no menos real. Como consecuencia de ello, los personajes están polarizados, dividiéndose entre «buenos» y «malos», en una clara manifestación de maniqueísmo. Dado que los expertos literarios consideran que los cuentos de hadas despiertan los deseos de un mundo ideal, podríamos terminar concluyendo que son un tipo de literatura destinada a satisfacer esos deseos. Pero es, exactamente, todo lo contrario: el mundo de los cuentos de hadas es un mundo oscuro, tenebroso, lleno de peligros e impregnado de una maldad amenazadora; y en no pocos momentos, los cuentos de hadas se solapan con el género de los cuentos de terror.

Una parte de ese horror radica en que en los cuentos de hadas aparecen muchos **disfraces**: los personajes malos se camuflan aparentando ser agentes del Bien; recíprocamente, los personajes buenos también ocultan su identidad, manifestando su verdadera naturaleza en el desenlace, pero sin posibilidades de hacerlo antes.

Los elementos **mágicos o maravillosos** son un ingrediente esencial en los cuentos de hadas, lo que es otra manera de decir que pertenecen a la categoría más amplia de la literatura fantástica. Buechner señala que en esos cuentos «los animales hablan y las flores cobran vida... y nada suele ser lo que parece».

Si bien todos estos elementos señalados son cualidades intrínsecas de los cuentos, una reflexión más a fondo con este género pondrá en evidencia que este género reviste mayor profundidad de la que aparenta. Autores bien conocidos como Lewis, Tolkien o Buechner identifican ese «algo» indefinible que subyace en los cuentos.

Los cuentos populares infantiles y los cuentos de hadas —escribe **Lewis**— «despiertan deseos y los satisfacen imaginativamente... Deseamos pasar a través del espejo y alcanzar el país de las hadas. También anhelamos ser alumnos populares y respetados... pero son dos anhelos muy distintos... Un niño no desea el país de las hadas igual que anhela ser el héroe de su clase... El país de las hadas suscita un deseo que el niño no puede definir. Le agita e inquieta enriqueciendo su vida para siempre con la difusa sensación de algo fuera de su alcance y, lejos de vaciar o anular el mundo real, le da una nueva dimensión, una mayor profundidad».

En su ensayo clásico «Sobre los cuentos de hadas», **Tolkien** escribe: «Los cuentos de hadas, como es obvio, no se ocupaban mayormente de lo posible, sino de lo deseable. Y sólo daban en el blanco si despertaban los deseos y, al tiempo que los estimulaban hasta límites insufribles, también los satisfacían»... «Los cuentos de hadas ofrecen también en forma y grado excepcional otros valores: Fantasía, Renovación, Evasión y Consuelo».

Frederick **Buechner**, en su ensayo «The Gospel as Fairy Tale» («El Evangelio como cuento de hadas»), escribe: «Por debajo de los acontecimientos específicos y las aventuras que describen, lo que les confiere su verdadero poder y significado es el mundo que evocan... A pesar de toda su confusión y salvajismo, es un mundo donde la batalla se inclina, en última instancia, hacia el bien. Quizá sea este aspecto del cuento de hadas el que le otorga el poder más intenso sobre nosotros».

En el desarrollo concreto del capítulo 15 de «LBA», su título nos habla de una «**magia más insondable**», permitiéndonos partir de este elemento maravilloso como integrante típico del género del cuento de hadas. El concepto de «magia más insondable» lo expresa el propio Aslan a mitad del capítulo, y se le reviste de una importancia teológica, en tanto en cuanto que Aslan lo vincula con la **destrucción de la muerte** misma, basándose en la obra de una víctima voluntaria que no ha cometido ninguna traición, que fuera ejecutada en lugar de un traidor. Existen también numerosos ejemplos de



maravillas menos profundas, muchas de las cuales tienen que ver con los actos de animales amistosos (incluyendo a Aslan como león).

Parte del atractivo que revisten los cuentos de hadas, como lo es este capítulo, radica en la presencia de momentos típicos o convenciones formales. Por ejemplo, que los personajes sean niños forma parte de ese atractivo, y en este capítulo suceden cosas maravillosas a Lucy y a Susan, no a los adultos. Ese carácter juguetón con el que Aslan y las niñas interactúan en la segunda mitad del capítulo es una expresión de la infancia, dado que incluso Aslan se vuelve como un niño en su respuesta alegre y desenfadada. Otros ingredientes típicos del cuento de hadas incluyen volar por el espacio y contemplar un castillo distante que parece «de juguete».

El énfasis narrativo de este capítulo es el de una **celebración alegre**. Más adelante el lector podrá leer en este cuaderno este capítulo tan significativo, y percibir por sí mismo cómo esas cualidades que adornan el cuento de hadas son especialmente eficaces para fomentar el ambiente de celebración festiva, ambiente que impregna y acompaña el maravilloso acontecimiento de la resurrección de Aslan.



# DIOS EN LA TIERRA DE NARNIA

KURT BRUNNER Y JIM WARE. Tyndale House Publishers, 2005.

## «LA CANCIÓN DE ASLAN»

«En la oscuridad algo estaba sucediendo finalmente. Una voz había comenzado a cantar»  
*El sobrino del mago. Capítulo 8*

Estaba oscuro como una boca de lobo. Ninguno de los seis podía ver nada. Francisco, el cochero, supuso que habían caído accidentalmente en una boca del subterráneo en construcción. Una suposición razonable, ya que lo último que recordaba era que iba corriendo calle abajo, persiguiendo a una mujer alta vestida de blanco, quien se había montado en el caballo que le había robado. Luego hubo una conmoción con dos niños pequeños y un señor mayor y, de repente, el apagón. No podía detectar ni un rastro de luz. Daba igual tener los ojos abiertos o cerrados. Estaban inmersos en la más completa y total oscuridad.

Los niños, Polly y Dígory Kirke (N. de R.: este niño será más tarde el profesor al que pertenece la gran mansión del armario mágico, donde se hospedarán los cuatro hermanos Pevensie, en la obra *«El león, la bruja y el armario»*; este personaje se inspiró en el tutor que Lewis tuvo en su juventud, y al que le rindió homenaje en sus narraciones de Narnia), tenían otra idea. Usando los anillos mágicos para entrar al Bosque entre dos Mundos, habían intentado traer a la Bruja Blanca (N. de R.: el mismo personaje que interviene en la obra citada anteriormente), la temible tierra de Charn. No habían intentado traer al tío Andrés, al cochero o a su caballo. Pero todo aquel que toca a una persona que usa los anillos es mágicamente transportado con ella.

«Quizás esto sea Charn», sugirió Dígory, pensando que habían llegado en medio de la noche. Pero la bruja estaba mejor informada. Esto no era Charn. Habían caído en el lugar equivocado y llegado a un mundo vacío: un mundo aún sin forma. La Nada.

El tío Andrés, el mago que desde el comienzo los había metido en este lío mediante las artes oscuras y los anillos mágicos, le susurró cobardemente a Dígory que usaran los anillos para regresar de una vez a casa, abandonando a los otros. Dígory se resistió, reacio a abandonar a Polly o a los demás inocentes acompañantes. Mientras Andrés hostigaba al niño, fueron súbitamente acallados.

Algo estaba sucediendo. La silenciosa oscuridad había sido invadida por algo, distante y leve al principio, pero que iba cediendo gradualmente. Era música, una preciosa canción cantada por una voz excepcional. Entonces otras voces se unieron, como si la belleza, la fuerza y la reverencia estuvieran acercándose al atemorizado grupo para atravesar el sofocante vacío con la vida vibrante.

Y luego, junto con las últimas voces, el cielo negro estalló con la resplandeciente luz de las estrellas, en respuesta y en armonía con la Primera Voz. Después de eso, los colores emergieron del horizonte siguiendo nuevamente las instrucciones melódicas de la canción, y un brillante sol naciente comenzó a asomar. Para Polly, Dígory y Francisco, fueron momentos de pura dicha, parecido a zambullirse en una refrescante piscina un caluroso día de verano. Pero para la bruja y el tío Andrés fueron terribles, y les provocaron un ominoso temor en lugar de una inexplicable alegría.

El coro continuaba, creando colinas y valles, rocas y ríos, irrumpiendo todos como si fueran semillas brotando del jardín que luego se convertiría en un mundo más grande, colmado de vida.

Y entonces apareció él, la Primera Voz, de cuya boca fluía la gran canción. Era un enorme y peludo león que miraba al sol y parecía aumentar su luz. Él cambió la música, como si un nuevo movimiento de una sinfonía hubiese comenzado. Y lo hizo, invitando a la hierba, a los árboles, a las ranas, a las panteras, a los castores y los ratones, a los pájaros, a los Faunos y los Enanos, y a todas las formas de criaturas existentes a florecer a la vida.

Por último, para sorpresa y emoción de los niños que observaban, el gran León dijo: «Narnia, despierta». Fue mitad una orden, mitad una invitación, la forma de la vida recibiendo el aliento de

vida. Sus palabras fueron como la señal de la batuta de un director de orquesta. Había llegado el momento de que la música que él había preparado para ellos fuera ejecutada.

\* \* \* \* \*

«Y así sucedió», comienza la mitología tras la Tierra Media de Tolkien, «ese Ilúvatar convocó a todos al Ainur y les expuso un poderoso tema, desarrollando ante ellos cosas más grandes y maravillosas de las que ya había revelado... “Del tema que ya les he declarado, lo haré ahora que vosotros hacéis juntos en armonía una Gran Música... Pero me sentaré y escucharé, y me deleitaré en que a través de vosotros una gran belleza haya sido convertida en canción”».

Narnia no es el primer mundo que se origina con una canción fundacional. Décadas antes que C.S. Lewis publicara su primera fábula de Narnia, su íntimo amigo y mentor espiritual J.R.R. Tolkien había escrito «*El Silmarillion*», creación mítica de un mundo cuyos habitantes serían Hobbits, Elfos, Magos y Enanos. Ambos hombres, amaban la mitología antigua, crearon otros mundos y compartieron la devoción por la fe cristiana. Y ambos se inspiraron en la historia de qué manera nuestro mundo real llegó a existir según lo describen las Escrituras.

«La tierra era un caos total, y las tinieblas cubrían la faz del abismo» (Gén. 1:2).

El nuestro fue una vez como el oscuro y amorfo mundo en el que cayeron Dígory, Polly y los demás. Si fuera posible vivir y experimentar tal lugar, usted se sentiría igual que ellos, como si cayera en el hoyo equivocado del Bosque entre los Mundos. Con sus ojos abiertos o cerrados, usted sentiría sólo la silenciosa y opresiva nada.

Pero todo cambiaría rápidamente mientras usted comenzara a escuchar las primeras notas de una distante canción *in crescendo*.

«Y dijo Dios: “¡que exista la luz!”; y la luz llegó a existir» (Gén. 1:3).

De pronto, como encendiendo una lámpara para que usted pudiese observar el reto de la música convertirse en vida, la luz disiparía las tinieblas.

«Y dijo Dios: “¡que las aguas debajo del cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca lo seco!”» (Gén. 1:9).

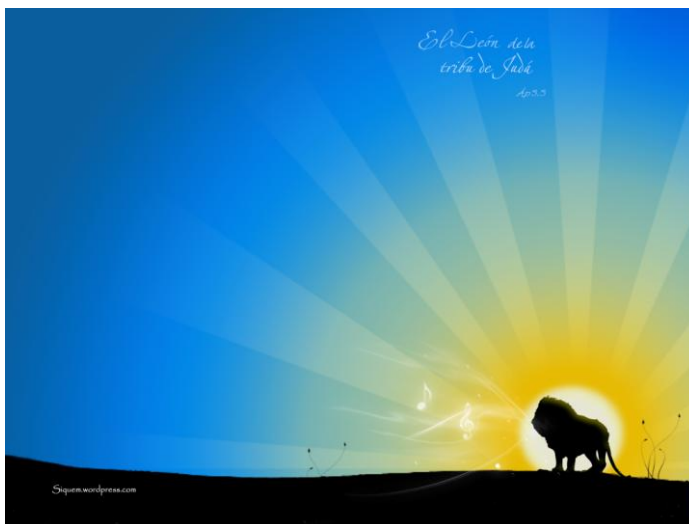
«Y dijo Dios: “¡que haya vegetación sobre la tierra; que esta produzca hierbas que den semillas, y árboles que den su fruto con semilla, todo según su especie!”... Y Dios consideró que esto era bueno» (Gén. 1:11-12).

«Y dijo Dios: “¡que rebosen de seres vivientes las aguas, y que vuelen las aves sobre la tierra a lo largo del firmamento!”... Y dijo Dios: “¡que produzca la tierra seres vivientes; animales domésticos, animales salvajes y reptiles según su especie!” Y sucedió así» (Gén. 1:20, 24).

En el todavía incompleto mundo de Narnia, el gran León cantó, y sucedió así. En nuestro mundo en formación, Dios habló, y sucedió así. Ninguna obra maestra puede cobrar forma sin un artista. Ninguna historia puede ser narrada sin su autor. Nada existe sino aquello que proviene del pincel y la paleta de Dios. Él compuso la sinfonía que los otros simplemente ejecutan y pintó el retrato que otros reflejan. Él diseñó las primeras estructuras arquitectónicas, llamadas montañas y árboles; programó la primera computadora, llamada cerebro; e inventó la primera droga milagrosa, llamada sistema inmunológico. Todas estas cosas comenzaron en su imaginación, y esa imaginación hizo posible la nuestra.

«Y Dios creó al ser humano; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó» (Gén. 1:27).

Nosotros componemos, pintamos, inventamos, escribimos y hacemos planes sólo porque Él lo hizo primero. O mejor dicho, porque Él lo dijo primero. La palabra de Dios, como la canción de





Aslan, nos invita a conocer los milagros de la Creación, una creación que comenzó por Él, es sostenida por Él y culminará en Él.

«Porque todas las cosas proceden de Él, y existen por Él y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén» (Romanos 11:36).

¡Y esa es la razón por la cual nuestro mundo y nuestra vida pueden ser transformadas, y pasar de la boca del lobo a la luz gloriosa y llena de vida!

REFLEXIÓN: Dios habló, o mejor aún cantó, para que nuestro mundo existiera.

## «NO ES INOFENSIVO, PERO SÍ BONDADOSO»

«La gente que no ha estado nunca en Narnia a veces piensa que una cosa no puede ser buena y terrible al mismo tiempo. Y si los niños alguna vez lo pensaron, ahora fueron sacados de su error».

*El León, la bruja y el armario. Capítulo 12.*

Peter (N. de R.: de acuerdo con la versión actual de la novela y de la misma película, optamos utilizar los nombres en su versión inglesa) jadeaba y soplabla tanto como los demás al salir desde la sombra de los árboles y poner sus pies sobre el verde espacio que se abría en la cima de la colina. Se detuvo, tomó una bocanada de aire, y echó una mirada a la escena que se extendía por todas partes ante él.

Hacia los tres lados, el bosque verde oscuro se extendía colina abajo hacia purpúreas lejanías brumosas. En línea recta y a lo lejos, algo brillaba y danzaba en el soleado horizonte: el mar. En el centro de la verde cima había un objeto de temible apariencia: una gran placa de roca gris, sostenida por cuatro columnas verticales de piedra, cubierta con grabados de remolinos, espirales y extrañas líneas angulares. La Mesa de Piedra.

A uno de los lados del claro, un pabellón de seda amarilla brillaba a la luz del sol. A lo alto, en el cielo azul y claro, se elevaba el estandarte ondulante, una insignia que lucía el emblema de un exuberante león rojo. Frente al pabellón, Peter vio la más peculiar asamblea de criaturas que jamás hubiera visto: faunos, ninfas, centauros y bestias parlantes. Y en medio de esta multitud, radiante como el sol, tan silencioso y terrible como la Mesa de Piedra, estaba la más notable de todas las figuras: un enorme león de oscura melena y pelambre dorada. Peter lo conoció al instante: *Aslan*, Rey del Bosque, Hijo del gran Emperador de las Tierras Lejanas.

«Ve», susurró el señor Castor, dándole un codazo. «¡Él te está esperando!».

Pero Peter temblaba como una hoja al viento. Recordaba lo que los castores habían dicho en respuesta a sus preguntas sobre Aslan: «¿Inofensivo? ¿quién dijo eso? Por supuesto que no es inofensivo. Pero es bondadoso».

Susan tiró de su manga. «Adelántate», dijo entre dientes. «¡Tú eres el mayor!».

Peter se mordió el labio y tragó con dificultad. Empuñó su espada y la levantó en señal de saludo. «Vamos», dijo a los demás. Avanzaron lentamente.

Había una luz en los grandes ojos de la fiera, como la luz de una llama. Pedro lo vio levantar su majestuosa cabeza y dirigirles una mirada mientras se acercaban, sacudiendo destellos de luz de los pesados rizos de su melena.

«Bienvenido, Peter, Hijo de Adán», dijo finalmente el león con una voz profunda, rica y tranquilizadora. «Bienvenidas, Susan y Lucy, Hijas de Eva».

A Peter se le calmó el nudo en el estómago. Miró a sus hermanas y sonrió. *Todo estará bien*, si dijo a sí mismo.



\* \* \* \* \*



Dios como un Signo de Interrogación fascinante pero sobrecogedor: ese es el contenido del clásico trabajo de Rudolf Otto sobre los impulsos espirituales y las inclinaciones religiosas innatas de los seres humanos, «Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios». En este libro, Otto las analiza extensamente mediante su revolucionario concepto de *mysterium tremendum et fascinans*: el temible y fascinante misterio de “lo completamente otro”.

El apóstol Pablo tal vez estuviera pensando en algo parecido cuando les aseguraba a los paganos atenienses que, sin darnos cuenta, ellos habían estado adorando al verdadero Creador (Hechos 17:23). Tal vez haya estado pensando en lo mismo cuando escribió que los pecadores no tienen excusa porque ellos *ya han conocido* a Dios (Romanos 1:21). Todos son capaces de «conocerlo» en este sentido. Es simplemente cuestión de prestar atención a esa vocecita que palpita en la mente: el susurro que insiste que *hay* Algo más, algo más grande y mucho más poderoso de lo que la mente humana puede abarcar.

El problema es que este Algo se envuelve en una nube de espantosa incertidumbre. ¿Es amigable? ¿Es inofensivo? ¿Tiene la intención de ayudar? ¿Cómo hace uno para mantenerse junto a su parte buena? Ese tipo de incógnitas son las que le dieron fuerza a ritos y rituales de las religiones paganas desde los albores de la historia de la humanidad.

Desde luego, este temor y fascinación no están asociados exclusivamente a una espiritualidad primitiva o pagana. Los encontramos también en la Biblia. Elifaz, el amigo de Job, describe en un lenguaje inolvidable su propio encuentro con el *mysterium tremendum et fascinans*:

«Entre inquietantes visiones nocturnas... me hallé presa del miedo y del temblor. Mi esqueleto entero se sacudía... y escuché una voz que susurraba: “¿Puede un simple mortal ser más justo que Dios? ¿Puede ser más puro el hombre que su Creador?” (Job 4:13-17)».

Los temores de Elifaz afloraron con más fuerza en la experiencia de los antiguos israelitas. Ellos sí tenían un conocimiento preciso de la sobrecogedora «otridad» de Jehová. A diferencia de los adoradores atenienses del «Dios desconocido», Moisés y su pueblo escucharon las palabras del Señor con sus propios oídos. Vieron sus poderosas obras de cerca. Conocían el terror de su presencia en forma directa:

«Ante ese espectáculo de truenos y relámpagos, de sonidos de trompeta y de la montaña envuelta en humo, los israelitas temblaban de miedo y se mantenían a distancia. Así que le suplicaron a Moisés: “Háblanos tú, y te escucharemos. Si Dios nos habla, seguramente moriremos» (Éxodo 20:18-19).

Hasta los discípulos de Jesús fueron envueltos por una especie de horror cuando comenzaron a darse cuenta de quién era verdaderamente su Maestro:

«Ellos estaban espantados y se decían unos a otros: “Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?”» (Marcos 4:41).

Temblor, terror y temor ilimitados; todo esto sintió Peter Pevensie cuando llegó a la cima de la colina de la Mesa de Piedra. Al mirar por primera vez al gran León Aslan, enmudeció de pánico. La idea de que estaba ante la presencia de un poder inmenso lo envolvió y lo dejó helado.

Fue el momento de la verdad. Ahí, en la cima de esa colina, Peter se dio cuenta de que el poder y la majestad son cosas terribles. Entendió que un león, y en particular este León, no era algo con lo que se pudiera jugar. Le hizo justicia a las palabras del señor Castor: «Por supuesto que no es inofensivo...».

Afortunadamente, ese no fue el fin de la historia. No tuvo que padecer bajo una nube de sofocantes dudas. En lugar de ello, ante un gesto de Aslan, reunió todo su coraje y se acercó al gran Rey. Y mientras lo hacía, logró otro descubrimiento. Se encontró con la verdad de la segunda parte de la afirmación del señor Castor: «Por supuesto que no es inofensivo. Pero sí es bondadoso».

Esta fue la lección más crucial que Pedro aprendería en toda su estadía en la tierra de Narnia. Y la aprendió de la única manera que puede hacerlo cualquier otra persona: recibió el mensaje de la misma boca del León. Fue cuando Aslan le habló que se esfumaron todos sus temores. Ante sus palabras, la incertidumbre se dispersó como la niebla ante el sol naciente.

En esta escena, Lewis nos da una poderosa imagen de la gloria del evangelio cristiano. El primer encuentro de Pedro con Aslan nos recuerda que hay un secreto divino más profundo y mara-

viloso que el *mysterium tremendum* de Otto. Dios no es meramente un Signo de Interrogación terrible y fascinante. Es una Persona, un compañero, un mentor, un protector amoroso y un amigo. ¿Cómo lo sabemos? Él mismo nos lo dijo:

«Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Cargad mi yugo y aprended de mí, pues soy apacible y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mateo 11:28-29).

No es inofensivo, pero sí es bondadoso. Esa es la clase de león que Peter conoció en la colina de la Mesa de Piedra. Y esa es la clase de Dios que nosotros encontramos en el Monte del Calvario. Él es el que cabalga las tormentas y el Señor de las batallas. Es el arquitecto del universo que nos inspira reverencia. Y sucede, además, que «quiere nuestro bien» (Juan Calvino).

REFLEXIÓN: No hay que temer sino de un Dios de gracia y amor.

## «MAGIA PROFUNDA Y AÚN MÁS PROFUNDA»

«Cuando una víctima voluntaria, que no ha cometido traición, es ejecutada en lugar del traidor, la Mesa se quiebra y la muerte comienza a retroceder»  
*El León, la Bruja y el Armario*. Capítulo 15.

¡Hacia tanto frío! Lucy agitaba los brazos contra su cuerpo y saltaba para entrar en calor. Dolorida por el cansancio, aturdida y mareada, dio unos pasos tropezando, y alejándose de la Mesa miró hacia el este. Una sola estrella brillaba sobre el pálido horizonte.

Imágenes horribles de la noche anterior la asediaban como una marea negra. Antorchas de sangre roja. Los rostros burlones de brujas, ogros y espectros. Las sogas y la mordaza. La esquila de la melena del pobre Aslan. Nuevamente vio la luz de la luna brillando con frialdad sobre el afilado borde del cuchillo de piedra. Nuevamente se estremeció a causa de los chillidos triunfantes de la Bruja y escuchó sus crueles burlas: «¡Tonto! Ahora te mataré a ti en lugar de matar al traidor humano, y así calmaremos la Magia Profunda!»

«Lucy...» La voz de Susan interrumpió sus pensamientos. «Caminemos un poco más para mantenernos en calor.»

«Sí, caminemos», aceptó Lucy.

Entonces, de un lado al otro, desde donde estaba Aslan muerto hasta la cima de la colina, las niñas caminaron bajo el cielo en el que iba aumentando la luz. Ya no tenían más lágrimas para llorar, las habían derramado todas durante las largas y oscuras horas de esa terrible noche. Excepto los primeros gorjeos de los pájaros entre los árboles, el silencio reinaba alrededor.

Se detuvieron un momento para observar el borde del sol que asomaba al este sobre el mar, semejante a una burbuja de oro fundido. Lucy se sentía completamente anulada e interiormente vacía. Era como si se hubiera acabado el mundo. Buscó a tientas la mano de Susan.

¡Un crujido!

Detrás de ellas estalló un ruido ensordecedor, como si el cielo mismo se hubiera partido en pedazos. Las niñas dieron un salto. Lucy vio que el rostro de su hermana estaba pálido. Entonces dieron media vuelta y corrieron.

En la cima de la colina se detuvieron a mirar. La Mesa de Piedra estaba en el suelo partida en dos. El cuerpo de Aslan había desaparecido.

«¿Y ahora qué», gimió Lucy. «¿No han hecho ya suficiente?»

Pero Susan le puso la mano en el hombro. «Espera», le dijo. «¿Crees que puede tratarse de más magia?»

«Sí», exclamó una voz como un trueno en la mañana. «¡Hay más magia!»

Se volvieron. «¡Aslan!», gritaron al unísono, porque era el mismísimo León, brillante como el sol y más grande de lo que ellas lo recordaban. «¡Querido Aslan! ¿No estás muerto?»

«¡Ya no!», les respondió. «Esta es una magia que la Bruja no conocía en absoluto. ¡Una Magia más profunda! La Magia de una víctima inocente que voluntariamente entrega su vida por otro. Y

ahora, queridas niñas...» –añadió, sacudiendo su melena dorada mientras andaba por encima de la colina– «la muerte ha comenzado a retroceder. Siento que la vida vibra y late nuevamente dentro de mí. ¡Venid! ¡Vamos a correr y a jugar!»

Y juntos comenzaron a hacer cabriolas y dar tumbos bajo la primera luz de la mañana.

\* \* \* \* \*

Los buenos escritores de literatura fantástica saben que la coherencia es la clave para una «sub-creación» creíble. Los mundos encantados con convincentes (y también encantadores) precisamente en la medida que se mantienen fieles a sus propios principios fundacionales. Si un narrador de cuentos nos informa que la Bella Durmiente sólo puede despertarse mediante un beso de amor verdadero, deberá dormir por cien años, si es necesario, hasta que llegue el Príncipe Encantado. Si los anillos de poder sólo pueden ser destruidos en el fuego que los ha forjado (argumento de «El Señor de los Anillos»), no podemos imaginar hacerlo de ninguna otra forma. Las reglas, una vez establecidas, deben ser rigurosamente observadas; de otra forma, el castillo de naipes se viene abajo.

Es en esta rigurosidad y simetría de diseño que la fantasía nos provee uno de sus espejos más didácticos del mundo real. El universo de Dios está fundado también sobre los preceptos y ordenanzas inviolables. Las estrellas y los planetas mantienen sus antiguos cursos. Verano e invierno, primavera y otoño se suceden uno tras otro en una secuencia invariable. El Señor puso “la tierra sobre sus cimientos” –física moral y espiritualmente– “y de allí jamás se moverá” (Salmo 104:5).

Esta ley de principios fijos y constantes es precisamente lo que Lewis tenía en mente cuando escribió sobre la “magia” de Narnia. Pues la magia narniana, en su esencia, nada tiene que ver con hechizos, pociones o encantamientos. La magia narniana, por el contrario, es una cuestión de pautas primordiales, de conexiones inquebrantables y relaciones necesarias. Es cuestión de conocer las normas y jugar según ellas.

Una magia profunda estaba en marcha en la tierra de Narnia, una ley natural inamovible, firme como las bases de las montañas. De acuerdo con esa magia, cualquier acto de traición lleva inevitablemente a la muerte. Cualquiera que depone o subvierte su lealtad al Emperador de las Tierras Lejanas y a su hijo automáticamente pierde la vida. Más aún, la sangre de cada traidor pertenece a la Bruja, como ella sabe perfectamente.



Una magia similar ha sido instaurada en nuestro propio mundo. Dios se lo advirtió a Adán y a Eva en el Jardín del Edén: «Pero del árbol del bien y del mal no comerás. El día que de él comas, ciertamente morirás» (Génesis 2:17).

El principio es reafirmado en las palabras de los profetas: «la persona que peque, esa morirá» (Ezequiel 18:4; ver también Jeremías 31:30), y en los escritos del apóstol Pablo: «porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23). La conexión de este principio entre pecado y muerte no es meramente una expresión de venganza o de castigo divino. Por el contrario, es inherente a la sustancia misma de la creación.

Crece directamente de la inalterable consistencia del propio carácter de Dios. Es un corolario de la inquebrantable integridad con la que declara: «Yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso. Cuando los padres son malvados y me odian, yo castigo a sus hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo 20:5). Como en el mundo inventado por Lewis, esta magia profunda debe ser satisfecha. Ignorar sus demandas es invitar a la disolución del cosmos mismo.

Pero hay otra magia burbujeando en el centro del universo narniano, la cual entra en erupción con una inesperada explosión de gloria cuando Susana y Lucía escuchan el fuerte crujido en el momento en que la Mesa de Piedra es derribada. Las niñas sienten la energía en movimiento cuando, ante el sonido de un grito poderoso, se dan la vuelta y ven al gran León Aslan, aquel que fue masacrado en lugar del traidor, de regreso a la vida, y riendo con la llegada del día.

En ese momento, la victoria de la bruja se trastoca. La Magia Profunda es vencida por un poder más profundo. La regla de la expiación y justa retribución queda devorada por el principio fundamental de la gracia, la misericordia y la expiación. Y la propia muerte, como Aslan declara triunfante, comienza a retroceder.

Ocurre lo mismo en el mundo real. Porque el asombroso clímax en «El León, la Bruja y el armario» es una ficción que nos recuerda la más fundamental de las verdades cristianas. Cristo, como Aslan, ha muerto y resucitado en nuestro lugar. Por su sacrificio, rompió el hechizo del pecado y de la muerte. Pero eso no es todo. Lo que es mucho más importante, pero menos obvio, es el hecho de que su desconcertante muerte no fue una idea de último momento ni una medida tomada apresuradamente, como una especie de plan B improvisado en el último minuto para resolver una complicación imprevista. Por el contrario, éste fluye como el más antiguo y profundo de los designios y planes del Creador: la idea original y primigenia de Dios de ofrecer su vida por sus amigos.

Por eso Juan se refiere a Cristo como «el Cordero de Dios que fue sacrificado desde la creación del mundo» (Apocalipsis 13:8; ver también 1 Pedro 1:20). En última instancia, la más profunda de todas las magias es la magia del perdón y del propio sacrificio del amor de Dios, amor que es en sí mismo el alma de la creación, el centro de la rueda, el eje sobre el que todo se mueve y gira.

REFLEXIÓN: El universo está fundado en el amor de Dios que nos redime.

## «UNA ALEGRE FESTIVIDAD»

«Y entonces al final, con saltos y danzas y cánticos, con música y risas y rugidos y ladridos y relinchos, todos llegaron al sitio donde estaba el ejército de Miraz después de haber depuesto sus armas»  
*El Príncipe Caspian. Capítulo 14.*

«¡Euan, eu-oi-oi-oi-oi!»

Los bosques, los prados floridos, aún el cielo resonaba con el griterío salvaje, festivo y regocijante. Lucy y Susan se abandonaron a la dulzura de la música triunfal, abrazándose a la melena espesa y oscura de Aslan. El aire frío y perfumado azotaba sus mejillas y revolvía el cabello sobre sus rostros mientras el León avanzaba a toda carrera.

«Yo digo, Lu» –gritó Susan por encima de las canciones y las risas de las criaturas que corrían jubilosamente a su lado– «¿crees tú que ésta sea su manera de hacernos entrar en combate?»

Pero Lucy no pudo responder. Estaba completamente fascinada por la velocidad y la urgencia de esa cómica y bulliciosa muchedumbre que estaban conduciendo por la campiña narniana, húmeda de rocío. Jamás había visto algo como esto. Era pura embriaguez.

«¡Euan, eu-oi!» Hacia la izquierda vio a Baco, el joven de mirada salvaje, envuelto en pieles, danzando en medio de sus hermosas bacantes de cabellos sueltos, con una expresión inocente como la de un niño de rostro suave y rubicundo y a la vez amenazante como una nube de tormenta. A su derecha saltaban los Faunos y los sátiros mientras las ardillas de colas pomposas y los conejos de largas orejas zigzagueaban entre sus pezuñas hendidas. Atrás corrían una jauría de perros que ladraban, caballos que hacían cabriolas, niñas que gritaban y brillantes mariposas y pájaros que se lanzaban como saetas.

«¡Qué festejo! ¿Verdad, Aslan?» cantaba Baco blandiendo su copa llena de vino mientras levantaba el rostro encendido hacia el sol resplandeciente.

«Es más que eso» respondió el León. «Estamos de vacaciones. ¡Es un jubileo!»

«¡Eu-oi-oi-oi-oi!» respondió Baco, mientras que el viejo y gordo Sileno levantaba la copa en homenaje al León y retrocedía saltando por encima de la cola de su mono.

Lucy no podía evitar reír a carcajadas. ¡Qué gran día fue ese! Una vez más recordó las imágenes de los árboles, azotando el aire con sus largas ramas cargadas de hojas, mientras marchaban a la batalla. Recordó además la maravillosa aparición de la deidad acuática envuelta en juncos y la rapidez con la que los sarmientos de las vides habían rodeado el puente derrumbándolo en la turbu-



lenta agua verdosa. Recordó la manera en que las flores silvestres se desparramaban a su paso como un reguero de color. Rió nuevamente al pensar en los niños que los siguieron danzando con los pies descalzos cuando pasaron frente al patio de una gris escuela de pueblo.

Estos pensamientos placenteros fueron interrumpidos por el rugido del León. «Y ahora, queridos niños,» exclamó Aslan, agazapado para el gran salto final, «¡prepárense porque la victoria está cercana! ¡Abran los ojos y vean la derrota de sus enemigos!»

En este momento, la música, los cantos y las risas se elevaron aún más. Todos los Antiguos Narnianos irrumpieron como una enorme ola. Lucy abrió los ojos a tiempo para ver a los soldados del rey Miraz arrojar sus armas. La batalla había terminado.

\* \* \* \* \*

Una de las acusaciones más serias que puede hacerse a la Iglesia después de dos mil años de historia es la de haber tomado el dulce e intenso elixir de las Buenas Nuevas y haberlo transformado en un dogma seco y triste. Muchos incrédulos dan por sentado que los pocos fieles que quedan son todos aburridos. Como resultado, caricaturas como «el cristiano Mata Alegría, el Metodista Moralista y el Puritano Cara Larga» han llegado a ser demasiado conocidas en el arte, en el teatro y en la ficción occidental: monótonas y tediosamente familiares.

Es fácil enojarse por esto y armar un gran alboroto en relación al prejuicio religioso de los medios de comunicación. Pero hay momentos en los que uno no puede dejar de preguntarse si el dedo acusador debería apuntar en otra dirección. Después de todo, ¿de dónde salieron los estereotipos? Si somos honestos, deberemos admitir que no se generaron espontáneamente en el vacío. En buena medida, los cristianos han tenido éxito en hacer del cristianismo algo estéril, aburrido y sin alegría.

No era así para C. S. Lewis. Más bien, lo que cautivó el corazón de Jack y lo atrajo hacia el redil fue, en gran medida, la emoción estimulante y chispeante del mensaje bíblico (lo que G. K. Chesterton llamaba «el romance de la fe»). Mientras más avanzaba por la angosta y espinosa senda del ateísmo, dijo Lewis, más cautivante se volvía el perfume seductor del gozo que le llegaba como una ráfaga desde los campos abiertos de la ortodoxia cristiana. Este aroma, tal como lo encontró en los autores que leía (Malory y Langland, Herbert y Donne, Mac Donald y Chesterton), y en la vida de los cristianos que conocía (Paul Benecke, Hugo Dyson, J. R. R. Tolkien...) al final resultó irresistible. Aún mientras se mantenía como agnóstico poco convencido, solía admitir que «los cristiano están equivocados, pero los demás son insoportables».

Esta perspectiva aparece con claridad en sus escritos. Sale a la superficie una y otra vez en «Las Crónicas de Narnia». Resulta especialmente fuerte en el avance de Aslan sobre el ejército telmarino a la cabeza de una multitud de traviosos animales, Faunos danzantes y niños que reían y cantaban. Lo que aquí tenemos es una sorprendente figura del irresistible y victorioso poder de la alegría desenfrenada, una asombrosa imagen visual de un concepto que Jack Lewis consideraba esencial para la fe: la idea de que la vida en Cristo tiene que ser un alegre y santo festejo.

«Me has dado a conocer la senda de la vida; / me llenarás de alegría en tu presencia, / y de dicha eterna a tu derecha» (Salmo 16:11).

Santo festejo. Fiesta *divina*. Este es un concepto que los creyentes necesitan redescubrir con urgencia. ¿Qué podría parecer la iglesia, qué clase de efecto podría tener sobre el mundo que la observa si recordáramos, tanto en palabras como en hechos, que la vida en el reino de Dios debiera ser una celebración, una fiesta, un banquete de bodas? David danzó libremente ante el Señor (2 Samuel 6:14). ¡Imagine lo que podría suceder si los cristianos hiciéramos lo mismo! Los incrédulos podrían criticar y reírse todo lo que quisieran. Pero no podrían acusarnos de ser aburridos.

¿Se ha vuelto aburrida su fe cristiana? Si es así, recuerde que fue Jesús quien comparó la energía renovadora del nuevo pacto con la efervescencia burbujeante de la fermentación (Mateo 9:17). Este es el mismo Jesús, famoso por frecuentar fiestas y quien en una oportunidad transformó el agua en vino (Juan 2:1-11). Para sus detractores Jesús era un borracho y un glotón (Mateo 11:19).

Después llegó a ser celebrado en las canciones como «El Señor de la Danza», esa «gran danza» que, según Lewis, guía los movimientos del universo y ordena los sucesos de nuestra vida cotidiana.

No es por accidente que Baco (o Dionisio), el dios griego del vino y del buen humor, jugaba un papel principal en este episodio. Para los antiguos griegos Baco era el símbolo de la *vida* en toda su potencia y plenitud. Lewis lo incorporó a la historia y lo reelaboró de acuerdo con el diseño narniano por una muy buena razón. Quería mostrarnos el lado salvaje e imprevisible de la gracia. Intentaba darnos una percepción más vibrante de «la energía, la fertilidad y la urgencia; de la riqueza, el triunfo y hasta la insolencia de las cosas que crecen» («Cautivado por la Alegría»). Es en este sentido que el Baco de Narnia llegó a ser un símbolo más del Salvador que proclamó: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Juan 10:10).

Vida en abundancia. Una vida que burbujea y estalla de entusiasmo, vitalidad y alegría. Fiesta... fiesta santa y divina. ¿Debería sorprendernos descubrir que la experiencia cristiana se describe en esos términos? No, en absoluto. Porque como advirtió Lewis en «Milagros», Jesús «es la realidad que hay detrás del falso dios Baco».

REFLEXIÓN: El reino de Dios es como un maravilloso y desenfrenado festejo.

## «LA MESA PELIGROSA»

«"Viajeros que habéis llegado a la Mesa de Aslan desde lejos", dijo la muchacha, "¿por qué no venís a comer y a beber?" »  
*La travesía del «Viajero del Alba».* Capítulo 13.

En la tenue luz del crepúsculo, Edmund miró con dificultad la extensión de la enorme mesa. Jarros de plata y copas de cristal labrado relucían a la luz de las estrellas, destacándose sobre el fondo carmesí del mantel. El estómago le gruñía y le temblaba el párpado derecho. "*Qué manera miserable de pasar la noche*", pensó. "*El estómago vacío, montones de comida ¡y nosotros sin atrevernos a probar ni un solo bocado!*"

Edmund se había mantenido escéptico todo el tiempo, por supuesto, desde el momento que la tripulación del «Viajero del Alba» puso pie en la misteriosa isla. Paseando su mirada desde las caras de sus soñolientos compañeros a las jarras de vino tinto, los montones de pan negro y los platos de carne asada, repentinamente supo por qué. *Todo esto es demasiado bueno para ser cierto.*

Sí, eso era. La espléndida comida, los aromas tentadores, la suavidad acogedora de la isla misma... eran suficientes para despertar la sospecha del tonto más tonto de la tierra. Después de todo, ¿con cuánta frecuencia se topa uno con un banquete en medio de una isla desierta? Toda la situación olía a magia y encantamiento.

Por supuesto, Caspian y los demás estuvieron de acuerdo. Habían llegado juntos a la conclusión de que los tres hombres que dormían en la cabecera de la mesa debían estar bajo el efecto de una comida hechizada. De modo que habían decidido vigilar toda la noche, sin tocar el suntuoso festín, en un intento de resolver el misterio del lugar. Habían escogido sus asientos en la mesa peligrosa con meticuloso cuidado.

Edmund bostezó. Se restregó los ojos, los abrió bien abiertos y escudriñó nuevamente la oscuridad.

Pero, ¿qué era eso? No muy lejos, más allá de las grises y desgredadas figuras de los tres durmientes encantados, había aparecido un punto de luz, como una diminuta estrella. Ahora pudo ver lo que era: la llama de una vela en un largo candelabro de plata. Y sosteniendo el candelabro, la joven más hermosa que jamás hubiera visto.

Lucy, Eustace, Caspian y el ratón Ripichip también la vieron. Edmund se dio cuenta de ello porque, como si fuera obra de un mudo consentimiento, todos se levantaron para recibirla. La joven se acercó con andar elegante; el borde de su vestido azul barría el rocío de la hierba. Con la mano libre se corrió el cabello rubio de la frente, los miró con sus ojos de color violeta y habló:

«¿Acaso la comida no es de su agrado?»

Por el raballo del ojo Edmund podía ver que los demás se sentían inquietos. Con gran esfuerzo logró balbucear respondiendo «disculpe... pensábamos que estaba embrujada».

La joven sonrió. En ese momento se convenció de que no podía ser una bruja.

«¿Hechizada?» dijo. «¡Oh no, amigos míos! Esta es la Mesa de *Aslan*. Está puesta ahí en su honor para servir a todos los que viajan tan lejos. ¡Comed libremente de ella! Sólo así se alimentarán y tendrán fuerzas para llegar al final de su viaje»

\* \* \* \* \*

«Tomad, comed.»

Con esas dos palabras Jesús instituyó la única ceremonia que legó a su joven iglesia. Fue un acto de simplicidad revolucionaria de su parte. En lugar de los rituales paganos y los sacrificios de la Ley del Antiguo Testamento, estableció la observancia de una sencilla comida compartida. Convocó a sus seguidores alrededor de una mesa, donde partió el pan y sirvió el vino, y se los ofreció a sus amigos diciendo: «Tomad. Comed. Bebed. Esto es mi cuerpo y mi sangre ofrecidos voluntariamente por vosotros. Haced esto en memoria de mí.»

«¿Por qué no comen ni beben?» pregunta la hija de Ramandú cuando encuentra a los cinco viajeros sentados a la Mesa de *Aslan*, temblando en medio de la oscuridad y el frío previos al amanecer. La respuesta, por supuesto, es que tienen temor: temor a lo desconocido, a lo inexplicable, a lo incontrolable.

C.S. Lewis estaba familiarizado con esas dudas, temores y celos. Cuando era ateo, el joven Jack sentía rechazo por todo lo que tuviera que ver con la fe cristiana. Más tarde, como intelectual racionalmente convencido de la verdad del evangelio, abrazó las *doctrinas* de la iglesia pero continuaba luchando por superar su aversión a ciertos *sacramentos*. Especialmente, la Cena del Señor. ¿Por qué? Lo explica en una de sus «Cartas a Malcom»:

«Algunas personas parecen capaces de discutir diversas teorías sobre este acto, como si las entendieran a todas y solamente necesitaran evidencia de cuál fuera la mejor. Esta luz me ha sido negada. No sé y no puedo imaginar lo que los discípulos entendían que nuestro Señor quería significar cuando, con su cuerpo todavía sin partir y su sangre sin verter, les ofreció el pan y el vino, diciéndoles que eran su cuerpo y su sangre.»

«No sé y no puedo imaginar...» En otras palabras, Lewis, el brillante profesor de Oxford, tenía dificultades para aplicar la mente a la maravilla de la Santa Comunión; y habiendo sido formado como racionalista, tenía una aprensión natural por todo lo que no podía explicar con la lógica. En lo tocante a este particular aspecto de la vida cristiana parece haber sentido algo similar a lo que Edmund sentía acerca de la comida mágica en la Mesa de *Aslan*: escepticismo y sospecha... tal vez, incluso temor.

No debemos culparle por esto. Hay motivos suficientes para acercarnos a la Mesa del Señor con una dosis de temor. Como lo que Edmund y sus amigos descubrieron en la isla de Ramandú, esta mesa es peligrosa. Es peligrosa porque esconde un profundo *misterio*. Algo ocurre en esa mesa, algo que nadie puede explicar completamente. Aquí, cuando «tomamos y comemos», entramos en unión con el Cristo que dijo: «Yo soy el pan vivo que bajó del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre» (Jn. 6:51).

*De qué manera* ocurre exactamente esto, la “mecánica” de la operación, por decirlo así, es una pregunta que escapa a la comprensión humana. Casi todos los estudiosos han intentado responderla. No obstante, intentarlo es amenazar el sentido del misterio, esencial para experimentar el milagro de la mesa. Al menos así lo entendía Jack: «No digo a nadie en el mundo que “su explicación es errada”; lo que digo es que “su explicación me deja con el misterio todavía como misterio”.»

Y así debería ser. Tal vez por eso, en la travesía del «Viajero del Amanecer» Lewis nos pintó un cuadro sumamente imaginativo y cautivadoramente bello de la mesa en el fin del mundo, una mesa de una abundancia perpetua, donde diariamente se renueva el banquete para beneficio de los cansados viajeros que llegaban a tales latitudes. Tal vez quería sembrar en la mente del lector un in-

dicio del gozo y la reverencia con la que deberíamos acercarnos a la mesa en la que Jesús partió el pan y sirvió el vino. Seguramente fue ese sentido de maravilla y encanto lo que produjo el cambio de su propia actitud hacia la Santa Comunión a lo largo de los años:

«Al comienzo, Jack siguió con la práctica de su niñez de recibir la comunión solamente en las grandes festividades, como en Navidad o en la Pascua, pero no pasó mucho tiempo antes de que escribiera a Warren que recibir la comunión una vez al mes era un buen término medio entre ser tibio y entusiasta... Pero en los últimos quince años de su vida, creo que normalmente recibía la comunión todas las semanas».

«¿Por qué usted no come ni bebe?» ¿es acaso porque, como el joven Jack Lewis, le teme a todo aquello que no puede explicar de manera lógica? ¿O es usted, como Edmund, una persona desconfiada de una gracia tan generosa que parece demasiado buena para ser cierta? Si es así, sería hora de que intente otro acercamiento. Siéntese a la mesa, coma y beba. «Probad y ved que el Señor es bueno» (Salmo 34:8).

Solamente así se alimentará y encontrará fuerzas para llegar al final de su viaje.

REFLEXIÓN: Dios nos sustenta en el misterio de la Mesa del Señor.

## «ALIENTO DE LEÓN»

«“Antes de nada, ¿cómo voy a llegar a Narnia?”

“Llevada por mi aliento”, dijo el León.

“Te impulsaré hacia el oeste del mundo, como hice con Eustace”».

*La Silla de Plata. Capítulo 2.*

La forma en que ese León de pelambre dorada, melena oscura y lengua de miel la hacía sentir extraña. Aunque tenía un terrible miedo de sus garras, sus dientes y sus ojos implacablemente inquisidores, Jill Pole encontró un extraño consuelo en la tibieza y la dulzura de su aliento. Una o dos veces se preguntó si no sería solamente una visión, pero en los largos intervalos entre esos pocos momentos de locura, supo que nada podía ser más sólido o real. Ninguna pesadilla había sido jamás tan aterradora, ningún sueño tan tranquilizador.

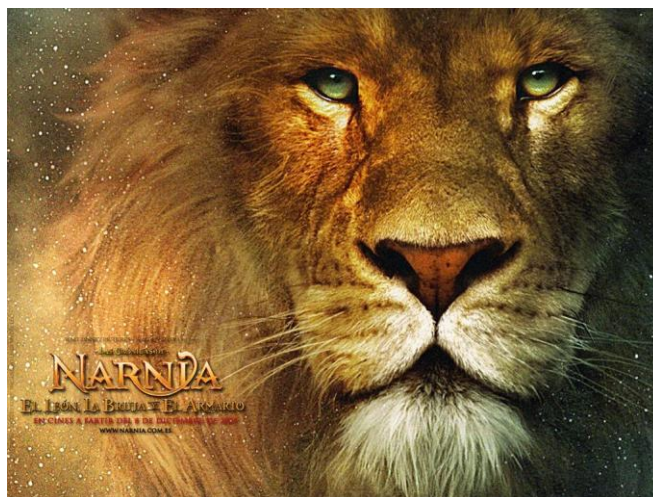
Nunca le había alzado la voz, y sin embargo era tan grande la fuerza de su mera presencia que se sintió obligada a rendirle su obediencia y respeto. Cuando le preguntó qué había pasado con su amigo Eustace, comprendió que no podía esquivar la verdad y ocultar que había caído por el acantilado. Y cuando procedió a darle una tarea, entendió que era imposible negarse.

¿En qué consistía su tarea? En buscar al príncipe perdido de Narnia, aunque fuera en el último fin de la tierra.

«¿Pero, ¿cómo?» preguntó Jill, cuando finalmente pudo hacer la pregunta que le daba vueltas en la mente desde el comienzo. «Antes que nada, ¿cómo se supone que llegaré a Narnia?»

«Impulsada por mi aliento» respondió él, «pero nonos adelantemos. Primero debes dar la vuelta y caminar delante de mí hasta el borde del acantilado.»

¿Hasta el borde del acantilado? Pero si era allí donde Eustace acababa de caer y se suponía que habría perecido... ¿Era donde Jill pudo haber provocado su muerte por tratar de lucirse demasiado parándose demasiado cerca del precipicio! *Sobre mi aliento.* ¿Qué podría significar eso? Se le erizó el cabello en la nuca y un sudor frío le recorrió por la frente. Pero fue inútil. Tenía que hacer lo que él había dicho. Rendida, dio media vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia el borde escarpado.



«Y ahora, Hija de Eva,» le oyó decir, «adiós...»

La dorada voz comenzaba a debilitarse. Mirando por encima del hombro, vio para gran sorpresa suya que la pared del acantilado ya estaba lejos, fundiéndose en el horizonte borroso. No había más que aire debajo de ella. Se dio una palmadita en la cabeza para cerciorarse que no soñaba. ¡Aliento de León! pensó. ¡Estoy flotando sobre el aliento del León! Era lo más parecido a viajar sobre una montaña de almohadas de plumas. Cerró los ojos y se durmió.

Jill se despertó. Por debajo de ella pasaban rápidamente escuadrones de nubes blancas que arrojaban manchas sombreadas sobre una extensión azul interminable: ¡el mar! Su enorme masa se elevaba y descendía lentamente en grandes ondas rítmicas desde un extremo al otro del horizonte. Luego observó que las nubes se preparaban para recibirla: obviamente estaba descendiendo a una velocidad alarmante. Poco a poco comenzó a crecer ante sus ojos una extensa franja de verde oscuro en el lado occidental de su visión. ¡Tierra! Y luego apareció un puerto lleno de barcos de colores intensos y un castillo con muchos torreones adornados con insignias y banderas. Descendió más y más hasta que finalmente fue depositada en medio de una alegre multitud reunida en la ribera de un ancho río. Levantó la vista y pudo ver allí delante a Eustace esperándola sonriente.

«¡Bueno!» exclamó Jill con un gran suspiro de alivio. «¡Parece que finalmente llegué a Narnia!»

\* \* \* \* \*

Imaginemos lo que habría sentido Jill mientras flotaba por encima de las nubes. No había ninguna sensación de movimiento, ninguna brisa, nada de tirabuzones ni curvas, nada de dar tumbos en el aire. Sin embargo, en pocas horas había recorrido una distancia mayor que la que realizara el «Viajero del Alba» en un viaje de muchos meses. La marcha sobre la superficie del mundo había sido rápida y suave, como viajar en un avión a reacción, pero sin el avión. Para decirlo en pocas palabras, fue un viaje tranquilo y descansado. Así es como se viaja en una ráfaga de aliento de León.

Los episodios que destacan el poder del aliento de Aslan aparecen con tanta frecuencia en los relatos de Narnia que nos ruegan que hagamos un alto y los tomemos en cuenta. En forma reiterada, cada vez que el gran León abría la boca y comenzaba a soplar, cambiaban los planes, se daba la vuelta a la situación y ocurrían hechos de significado estratégico. Casi se podía afirmar que Aslan no hacía nada en esos relatos que no fuera por medio de la eficacia de su aliento.

En «El sobrino del mago», por ejemplo, creó todo un mundo, el mundo de Narnia, al exhalar una canción. En «El León, la Bruja y el armario», convenció a Susan y Lucy de la realidad de su resurrección por «la tibieza de su aliento». En el mismo libro, Aslan le dio vida a las estatuas simplemente exhalando su aliento sobre ellas. En la parte final de «La Silla de Plata», sopló y todo el mundo de Narnia se alejó flotando «como espirales de humo». En «La última batalla», «rugió y las estrellas cayeron».

Pareciera que no hay nada que el aliento de Aslan no pudiera hacer. Creaba y destruía. Consolaba, fortalecía y sanaba. Otorgaba el don de la vida. Y en este relato, elevó a Jill sobre los obstáculos del mundo y la llevó a un lugar donde podía acometer eficazmente la búsqueda por la que había sido llamada. La levantó, la transportó y le permitió llevar a cabo su tarea.

En cada uno de estos casos, es casi inevitable que el aliento de Aslan nos recuerde el prodigioso poder del Espíritu de Dios. Cada vez, su modo de influir y sus métodos para operar eran iguales a los de esa «violenta ráfaga de viento» que llenó el Aposento Alto el día de Pentecostés (Hechos 2).

Después de todo esto, fue el Espíritu de Dios (*ruach*, “aliento” o “viento”, en hebreo) que «iba y venía sobre la superficie de las aguas (Génesis 1:2)» al comienzo de la obra de la Creación. Fue el Espíritu el que sopló aliento de vida en la nariz del hombre, que el Señor había formado con la arcilla de la tierra. Y fue el Espíritu el que, en la visión de Ezequiel sobre los huesos secos revivió a los muertos «y el aliento de vida entró en ellos; entonces los huesos revivieron y se pusieron de pie. ¡Era un ejército numeroso!» (Ezequiel 37:10). Esa visión terminó con una poderosa promesa:

«Y cuando haya abierto tus tumbas y te haya sacado de allí, entonces, pueblo mío, sabrás que yo soy el Señor. Pondré en ti mi aliento de vida, y volverás a vivir. Y te estableceré en tu propia tie-



rra. Entonces sabrás que yo, el Señor, lo he dicho, y lo cumpliré. Lo afirma el Señor.» (Ezequiel 37:13-14).

*Aliento de León.* En la mitología de Lewis, creaba mundos, fortalecía los corazones débiles y transformaba figuras de piedra en cuerpos de carne viva. Llevó a Jill Pole a la tierra de Narnia y la impulsó por un sendero de heroísmo y audacia. De la misma manera, el aliento de Jehová, el Espíritu Santo de Dios, nos levantará, nos llenará de nueva vida, nos instalará «en nuestra propia tierra» y nos permitirá realizar la voluntad de nuestro Señor... *siempre que nos mantengamos abiertos y receptivos a la influencia de su aliento suave.*

Como les dijo Jesús a sus discípulos en la Última Cena: «Separados de mí, nada podéis hacer» (Juan 15:5).

Es por eso que, como uno de sus últimos actos en la tierra, «sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”» (Juan 20:22).

REFLEXIÓN: El Espíritu de Dios es el aliento de vida.

## «MÁS ARRIBA Y MÁS ADENTRO»

«¿He llegado a casa por fin! ¡Esta es mi verdadera casa!  
Aquí es donde pertenezco».  
*La última batalla.* Capítulo 15.

No era fácil aguantar tanta emoción. «¡No os detengáis! ¡Vamos, más arriba y más adentro!» gritó el águila Largavista mientras volaba hacia arriba y se adentraba en las maravillas que tenía por delante.

Lucy, Edmund, Peter, Eustace, Jill y los demás veían y hacían cosas que jamás habían imaginado; un profundo anhelo, unido a la emoción del descubrimiento, los atraía a todos en la misma dirección. Era una aventura llena de riesgos, pero sin temor. Corrían cada vez más rápido, cruzando valles y trepando colinas, y con cada paso aumentaba una expectativa que jamás era defraudada.

«¡Más arriba y más adentro!» exclamó otra voz.

Vieron al Unicornio nadando en la cascada. Pero en lugar de descender por ella, la remontaba; su largo cuerno blanco hendía el torrente vertical de agua. Los niños, que lo seguían, también lograron avanzar contra la atronadora corriente del agua. Nada parecido era posible en el viejo mundo.

«¡Más arriba y más adentro!» ¿Pronunciaban ellos las palabras, o eran el grito interior de su corazón?

Finalmente llegaron a un portón dorado que sugería la entrada a un descubrimiento aún mayor. Se quedaron en silencio, dudando acercarse. Entonces ocurrió algo maravilloso. Apareció alguien que, para muchos, era un viejo amigo. Con una pluma roja en la cabeza y su pequeña espada a un costado, el Ratón Parlante hizo una reverencia y dijo: «Bienvenidos, en el nombre del León.» No era otro que Rápichip (N. R.: en otras versiones se translitera Reepicheep), el legendario héroe de Narnia y el más noble y leal compañero del Rey Caspian el Navegante. «Venid más arriba y más adentro».

Era sólo el primero de muchos reencuentros. Tirian sintió el cálido abrazo de su padre que había muerto hacía tanto tiempo. Los niños encontraron a sus antiguos amigos de Narnia: Volante, el caballo alado que había llevado a Dígory y a Polly en el viaje en que trajeron la manzana de plata; Barroquejón, el Renacuajo (o gamusino) del Pantano que había ayudado a Jill y a Eustace a liberar al príncipe Rilian del maligno hechizo de la dama verde; el enano Trumpkin; los dos buenos Castores de la primera llegada a Narnia y muchos otros.

Uno de los mejores momentos para Lucy fue saludar a su querido amigo, el Fauno Tumnus, que la había protegido de la Bruja Blanca a costa de su propia vida. Caminaron mientras conversaban, y Tumnus ayudó a Lucy a entender algo más de ese extraño y maravilloso lugar que ella recién comenzaba a amar. Había notado que la belleza y la majestuosidad crecían a medida que avanzaban.

«Así es, Hija de Eva,» dijo el Fauno. «Cuanto más arriba y más adentro llegas, más grande es todo. Esta es la verdadera Narnia, de la que la antigua era apenas una sombra. Por eso todo te parece tan familiar, pero mejor», explicaba Tumnus. «Es como una cebolla, salvo que cuando vas más adentro, cada círculo es mayor que el anterior.»

Las palabras del Unicornio repentinamente cobraron más sentido: «¡He llegado a casa, por fin!», había declarado al llegar a la capa externa de ese lugar. «¡Esta es mi verdadera patria! Aquí es donde pertenezco.» Era la tierra que había estado buscando sin saberlo. La razón por la que él y sus amigos amaban las cosas de la antigua Narnia era por su parecido a éste, el verdadero lugar.

Si quedaba alguna duda de que habían llegado a casa, fue disipada cuando apareció Aslan, el gran León, en persona. Lucy y los demás habían llegado a la entrada de *su* tierra, el lugar donde la muerte, como se referían a ella en las Tierras de Sombras, ya no tenía poder. «Han comenzado las vacaciones,» declaró el León. «El sueño ha concluido: contemplad la luz de la mañana.»

«Más arriba y más adentro.»

Era como abrir las páginas de un maravilloso libro de cuentos «que nunca se acaba, en que cada capítulo es mejor que el anterior».

\* \* \* \* \*

Imagine alguna de estas maravillosas sensaciones: el torrente de alegría mientras corre hacia el lugar más bello y atractivo que jamás haya visto; el nudo de emoción en la garganta al reunirse con amigos y familiares muy queridos después de una larga separación; el placer de servirse, al final de un largo ayuno, un segundo o tercer plato de la comida más exquisita que haya probado, sin la menor preocupación por subir de peso o taponar sus arterias; permitir que la cálida brisa y el sonido de las olas que se rompen en una playa renueven su espíritu mientras toma tiempo para mirar la puesta y luego la salida del sol por el horizonte; saber que cada día será más emocionante, tranquilo, delicioso y feliz que el anterior.

Estas son algunas de las figuras de C.S. Lewis que se ajustan al concepto del cielo, nuestro verdadero hogar. Son muy diferentes a las que por lo general imaginan los asiduos asistentes a las iglesias: estar sentado en una nube aislada vistiendo un manto incómodo mientras toca el arpa, aburrido a más no poder pero agradecido porque esto es mejor que estar sufriendo en algún otro lugar. Para Lewis, el cielo era la realización final y definitiva de todo aquello que él había anhelado en su vida sin encontrarlo, aquello verdadero de los cual los placeres terrenales son apenas un indicio o una muestra. «La mayoría de las personas,» explica, «si realmente hubieran aprendido a mirar en su interior, sabrían que sí desean, y desean intensamente, algo que es imposible obtener en este mundo. El mundo ofrece dártelo, pero nunca cumple de verdad su promesa.»

El proceso de desear y probar sin encontrar verdadera satisfacción podría llevarnos a la desesperación. Pero a Lewis lo llevó a la esperanza porque, como él dijo:

«Si encuentro en mí un deseo que nada de este mundo puede satisfacer, la explicación más probable es que fui hecho para otro mundo. Si ninguno de mis placeres terrenales lo satisface, eso no prueba que el universo sea un fraude. Probablemente los placeres terrenales jamás estuvieron destinados a satisfacerlo, sino sólo a estimularlo, a sugerir lo real... Debo mantener vivo en mí el deseo por mi verdadera patria, que no encontraré sino hasta después de la muerte.»

Fue ese otro mundo el que Lucy, Peter, Edmund y los otros niños finalmente conocieron, cuando llegaron al término de *Las Crónicas de Narnia*. El deseo se cumple; el anticipo se convierte en fiesta; la expectativa se convierte en realización, el anhelo en gozo. Al final, en Unicornio estaba en lo cierto: «La razón por la cual amábamos a la antigua Narnia es porque a veces se parecía un poquito a ésta.»

Jesús describió nuestro destino final como una parte especialmente preparada de su propia casa. «En la casa de mi Padre muchas moradas hay... Voy a prepararos un lugar» (Juan 14:2). Pintó una figura verbal de un lugar donde seremos recompensados y satisfechos. «Su Señor le respondió: ¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel! En lo poco has sido fiel, por ello te pondré al frente de mucho más.

¡Ven a compartir la felicidad de tu Señor!» (Mateo 25:21). Y al apóstol Juan le dio una muestra del indescriptible gozo que podemos esperar cuando Dios y el hombre finalmente experimenten la misma realidad y compartan el mismo hogar.

«Después vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían dejado de existir... Oí una potente voz que provenía del trono y decía: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. El os enjugará toda lágrima de vuestros ojos. Ya no habrá más muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.» (Apocalipsis 21:1, 3-4).

El cielo no es un lugar rígido, limitado y privado de alegría. Es el lugar por el que lo más profundo de nosotros siente nostalgia, pleno de las imágenes, sonidos y aromas que extrañamos. Probablemente habrá pan recién horneado y mucha risa en la mesa. Será imposible aburrirse, porque la aventura no tendrá fin y la historia se volverá más interesante a cada vuelta de página.

El cielo es el lugar donde aquellos que sirven al gran León en este lado de la puerta de la muerte, en el otro recibirán su bienvenida. Será una magnífica entrada al gozo que tanto hemos ansiado, cuando se nos salude con una sonrisa, un abrazo y un caluroso «¡Bienvenido a casa!».

*«Tengo un hogar más allá del río, una mansión luminosa y bella;  
tengo un hogar más allá del río, con Jesús viviré en ella».*

John Peterson. «I've a Home Beyond the River», 1958.

REFLEXIÓN: Ese hogar es mejor de lo que jamás podremos imaginar.



# EL SACRIFICIO DE ASLAN

Capítulos 14 y 15 de «El León, la bruja y el armario». («El triunfo de la bruja» y «Magia Más Insondable antes de los albores del tiempo»).

## «EL TRIUNFO DE LA BRUJA»

–Debemos marcharnos de este lugar al momento –indicó Aslan en cuanto la bruja hubo desaparecido–, se necesitará para otros menesteres. Acamparemos esta noche en los Vados de Beruna.

Desde luego, todos estaban ansiosos por preguntarle cómo había solucionado la cuestión con la bruja; pero su rostro era severo y a todos les zumbaban los oídos debido al sonido de su rugido y, por lo tanto, nadie se atrevió a abrir la boca.

Tras una comida, que tuvo lugar al aire libre en lo alto de la colina pues el sol había adquirido fuerza y secado la hierba, todos estuvieron muy ocupados durante un tiempo desmontando el pabellón y empaquetando las cosas. Antes de las dos de la tarde iniciaron la marcha y partieron en dirección nordeste, andando tranquilamente, pues no tenían que ir muy lejos.



Durante la primera parte del viaje Aslan explicó a Peter su plan de campaña.

–En cuanto haya puesto fin a sus asuntos en esta parte –dijo–, la bruja y su gente se replugarán casi con toda seguridad a su casa y se prepararán para un asedio. Tal vez consigas cortar la retirada e impedir que llegue allí, o tal vez no.

A partir de ahí pasó a esbozar dos planes de ataque; uno para combatir a la bruja y los suyos en el bosque y otro para asaltar su fortaleza. Durante todo este tiempo aconsejó a Peter cómo llevar a cabo las operaciones, diciendo cosas como: «Debes colocar tus centauros en tal y tal sitio» o «Debes enviar exploradores para asegurarte de que ella no haga esto y aquello», hasta que por fin Peter preguntó:

–Pero ¿tú estarás allí, Aslan?

–No puedo prometer nada –respondió el león, y siguió dando instrucciones al muchacho.

Durante la última parte del viaje fueron Susan y Lucy quienes estuvieron más tiempo con él, aunque no habló demasiado y les pareció que estaba triste.

No había transcurrido aún la tarde cuando llegaron a un lugar donde el cauce del río se había ensanchado y el río era amplio y poco profundo. Eran los Vados de Beruna y Aslan dio orden de detenerse en aquel lado de las aguas; pero Peter dijo:

–¿No sería mejor acampar en el otro extremo, por si acaso ella decidiera intentar un ataque nocturno o algo parecido?

Aslan, que parecía estar pensando en otra cosa, salió de su ensimismamiento con una sacudida de la magnífica melena y respondió:

–¿Eh? ¿Qué sucede?

Peter volvió a repetirlo.

–No –dijo el león con voz apagada, como si no importara–. No; no llevará a cabo un ataque esta noche. –Y lanzó un profundo suspiro; aunque al poco prosiguió–: De todos modos, bien pensado. Así es como debería pensar un soldado. Aunque en realidad no importa.

De modo que empezaron a montar el campamento.



Es estado de ánimo de Aslan afectó a todo el mundo aquel atardecer. Peter se sentía inquieto también ante la idea de librar aquella batalla por su cuenta; la noticia de que Aslan podría no estar presente le había producido una gran conmoción. La cena aquella noche fue una comida silenciosa, y todos advirtieron lo diferente que había sido la noche anterior o incluso aquella misma mañana. Parecía como si los buenos tiempos, que acababan de empezar, se acercaran ya a su fin.

Aquella sensación afectó tanto a Susan que la niña no conseguía conciliar el sueño. Tras haber permanecido acostada contando ovejas y dando vueltas y más vueltas, oyó que Lucy profería un largo suspiro y se removía justo a su lado, en la oscuridad.

–¿Tampoco tú puedes dormir? –preguntó Susan.

–No; pensaba que dormías. ¡Oye, Susan!

–¿Qué?

–Tengo una sensación muy horrible; como si algo se nos echara encima.

–¿Ah, sí, la tienes? Porque, en realidad, a mí me pasa lo mismo.

–Tiene que ver con Aslan –continuó Lucy–. O bien algo espantoso va a sucederle, o es algo espantoso que él va a hacer.

–Se ha comportado de un modo muy raro toda la tarde –dijo Susan–. ¡Lucy! ¿Qué fue lo que dijo sobre no estar con nosotros durante la batalla? No creerás que va a escabullirse y abandonarnos esta noche, ¿verdad?

–¿Dónde está ahora? –inquirió Lucy–. –¿Está aquí en el pabellón?

–No lo creo.

–¡Susan!, salgamos y echemos un vistazo. Tal vez lo veamos.

–De acuerdo. Hagámoslo –accedió su hermana–; será mejor que hagamos eso en lugar de quedarnos aquí despiertas.

Con gran sigilo las dos niñas avanzaron a tientas en medio de los que dormían y se deslizaron en silencio fuera de la tienda. La luz de la luna brillaba con fuerza y todo estaba muy silencioso, a excepción del ruido del río que borboteaba sobre las piedras. Entonces Susan agarró el brazo de Lucy y exclamó:

–¡Mira!

En el otro extremo del campamento, justo donde empezaban los árboles, vieron como el león se alejaba despacio y penetraba en el bosque. Lo siguieron sin decir ni una palabra.



Las condujo por una empinada ladera que salía del valle del río y luego se desviaba ligeramente a la derecha; en apariencia se trataba de la misma ruta que habían seguido por la tarde para llegar hasta allí, desde la colina de la Mesa de Piedra. El león prosiguió sin una pausa, conduciéndolas al interior de oscuras sombras y a campo abierto bajo la pálida luz de la luna, y consiguiendo que sus pies quedaran bien empapados por el abundante rocío. De algún modo parecía distinto del Aslan que conocían. La cola y la cabeza estaban gachas y andaba despacio, como si estuviera muy, muy cansado. Entonces, cuando cruzaban una amplia extensión de terreno despejado en el que no había sombras en las que las niñas pudieran ocultarse, el león se detuvo y miró a su alrededor. De nada servía salir corriendo, así que se acercaron a él. Cuando llegaron a su lado, les dijo:

–Niñas, niñas, ¿por qué me seguís?



–No podíamos dormir –respondió Lucy; y tuvo la seguridad de que no necesitaba decir nada más y que Aslan sabía todo lo que habían estado pensando.

–Por favor, ¿podemos ir contigo..., donde sea que vayas? –suplicó Susan.

–Bueno... –dijo él, y pareció meditarlo; al cabo de un rato continuó–: Me gustaría tener compañía esta noche. Sí, podéis venir, si me prometéis que os detendréis cuando yo os lo indique, y que después de eso me dejaréis continuar solo.

–Gracias, muchas gracias. Así lo haremos –respondieron las dos niñas.

Siguieron adelante y las niñas se colocaron una a cada lado del león. ¡Qué despacio andaba! Y la enorme y regia cabeza estaba tan inclinada que su hocico casi tocaba la hierba. Al cabo de un rato tropezó y lanzó un sordo gemido.

–¡Aslan! ¡Querido Aslan! –dijo Lucy–. ¿Qué sucede? ¿No puedes decírnoslo?

–¿Estás enfermo, Aslan? –inquirió Susan.

–No –respondió él; estoy triste y me siento solo. Colocad vuestras manos sobre mi melena de modo que pueda sentir que estáis ahí y continuemos andando.

Y de ese modo las niñas hicieron lo que jamás se hubieran atrevido a hacer sin su permiso, pero que habían ansiado desde la primera vez que lo vieron: enterraron las frías manos en el hermoso océano de su pelaje y lo acariciaron, y mientras lo hacían, anduvieron junto a él. No tardaron en darse cuenta de que estaban ascendiendo por la ladera de la colina en la que se alzaba la Mesa de Piedra. Lo hicieron por el lado donde los árboles llegaban más arriba, y cuando alcanzaron el último árbol, uno que estaba rodeado de matorrales, Aslan se detuvo y dijo:

–Niñas, mis queridas niñas. Aquí debéis deteneros. Y suceda lo que suceda, no dejéis que os vean. Adiós.

Y las dos niñas lloraron amargamente –a pesar de que apenas sabían el motivo– y se abrazaron al león y besaron su melena, su hocico, sus patas y sus enormes y tristes ojos. Luego él se apartó de ellas y siguió hasta lo alto de la colina. Lucy y Susan, agazapadas en los matorrales, lo siguieron con la mirada, y esto fue lo que vieron.

Había una gran muchedumbre aguardando alrededor de la Mesa de Piedra y aunque la luna brillaba, muchos de ellos sostenían antorchas que ardían con malévolas llamas rojas y humo negro. ¡Tenían una pinta horrible! Ogros con dientes monstruosos, lobos y hombres con cabezas de toros; espíritus de árboles malignos y plantas venenosas; y otras criaturas que no describiré porque si lo hiciera los adultos probablemente no te permitirían leer este libro: espantos, arpías, íncubos, espectros, diablos, efrets, tragos, orcos, duendes y etens. En realidad allí estaban todos los que pertenecían al bando de la bruja y que el lobo había convocado siguiendo sus órdenes; y justo en el centro, de pie junto a la Mesa, se hallaba la bruja en persona.



# PÁGINAS INOLVIDABLES

Selección de fragmentos escogidos de «Las Crónicas de Narnia».

## LA MESA DE ASLAN

Título original: «Los Tres durmientes». Capítulo 13 de «La travesía del Viajero del Alba».

El viento no dejó de soplar pero se tornó más suave con el paso de los días, hasta que por fin las olas eran apenas leves ondulaciones, y la nave se deslizaba hora tras hora casi como si navegaran por un lago. Y cada noche veían que se alzaban en el este constelaciones nuevas que nadie había visto nunca en Narnia y que tal vez, como Lucy pensaba con una mezcla de júbilo y temor, ningún ser vivo había contemplado jamás. Aquellas estrellas nuevas eran grandes y brillantes, y las noches resultaban cálidas. Casi todo el mundo dormía en cubierta y conversaba hasta altas horas de la noche, o se inclinaba sobre el costado de la nave contemplando la danza luminosa de la espuma que la proa arrojaba a lo alto.

Una tarde de sorprendente belleza, cuando la puesta de sol a su espalda era tan roja y púrpura, y tan extensa que el mismo cielo parecía haber aumentado de tamaño, avistaron tierra a estribor de la proa. Se fue acercando despacio y la luz que brillaba detrás de ellos hacía que los cabos y promontorios de aquel nuevo territorio parecieran estar en llamas. Finalmente se encontraron navegando a lo largo de su costa y su cabo occidental se alzó entonces a popa, negro contra el cielo rojo y tan definido como si se tratara de una cartulina recortada, y entonces pudieron distinguir mejor cómo era aquel territorio. No tenía montañas pero sí muchas colinas suaves con laderas parecidas a almohadas. De él surgía un aroma atrayente; lo que Lucy llamaba «una especie de nebuloso olor púrpura», expresión que, según dijo Edmund (Y pensó Rhince) era una sandez, pero a lo que Caspian replicó:

– Sé a lo que te refieres.

Navegaron un buen trecho, dejando atrás un cabo tras otro, con la esperanza de localizar un puerto profundo y agradable, pero tuvieron que contentarse al final con una bahía amplia y poco profunda. Aunque las aguas parecían tranquilas en alta mar, desde luego había oleaje en la playa y no pudieron viajar en el *Viajero del Alba* tanto como les habría gustado. Echaron el ancla bastante lejos de la playa y tuvieron un desembarco húmedo y agitado en el bote. Lord Rhoop permaneció a bordo de la nave, pues no deseaba saber nada más de islas. Durante todo el tiempo que estuvieron en aquel lugar el sonido de las enormes rompientes resonó en sus oídos.

Dejaron dos hombres custodiando el bote y Caspian condujo al resto hacia el interior, pero no muy lejos, ya que era demasiado tarde para explorar y la luz no tardaría en desaparecer. Pero no fue necesario ir muy lejos para correr una aventura. El valle llano situado frente a la bahía no mostraba carretera ni senda ni ninguna otra señal de ocupación. Bajo los pies había una turba delicada y elástica salpicada aquí y allá con una vegetación baja y tupida que Edmund y Lucy tomaron por brezo. Eustace, que en realidad era bastante bueno en botánica, dijo que no lo era y probablemente tenía razón; pero era algo que se le parecía mucho.

Apenas se habían alejado un tiro de flecha de la playa, cuando Drinian dijo:

– ¡Mirad! ¿Qué es aquello? –Y todos se detuvieron.

– ¿Son árboles grandes? –inquirió Caspian.

– Torres, creo –respondió Eustace.

– Podrían ser gigantes –dijo Edmund en voz más baja.

– El modo de averiguarlo es ir a colocarse justo entre ellos –declaró Reepicheep, desenvainando la espada y avanzando a buen paso por delante de todos los demás.

– Creo que son unas ruinas –indicó Lucy cuando se hubieron acercado bastante más, y su suposición fue la que más se aproximó a la verdad.

Lo que encontraron fue un espacio amplio y oblongo, enlosado con piedras lisas, y rodeado de pilares grises pero sin techo. Una mesa muy larga lo recorría de un extremo al otro, cubierta con un mantel de un rojo vivo que descendía hasta casi el suelo. A cada lado de ella había muchas sillas de piedra, magníficamente talladas y con cojines de seda en los asientos, y en la mesa misma estaba dispuesto un banquete como no se había visto nunca, ni siquiera cuando Peter el Sumo Monarca tenía su corte en el castillo de Cair Paravel. Había ocas, patos y pavos reales, cabezas de jabalíes y costillares de venado, bizcochos en forma de veleros o dragones y elefantes, pudín helado, langostas relucientes y salmones resplandecientes, nueces y uvas, piñas y melocotones, granadas, melones y tomates. Había jarros de oro, de plata y de cristal curiosamente trabajado; y el aroma de la fruta y el vino volaron hacia ellos como una promesa de toda clase de prosperidad.

—¡Cielos! —exclamó Lucy.

Se acercaron sin hacer ruido.

—Pero ¿dónde están los invitados? —preguntó Eustace.

—Los podemos facilitar nosotros, señor —repuso Rhince.

—¡Fijaos! —dijo Edmund con brusquedad.

Se encontraban ya entre los pilares y sobre la zona enlosada, y todos miraron hacia donde Edmund había indicado. Las sillas no estaban todas vacías. En la cabecera de la mesa y en dos lugares junto a ella había algo; posiblemente tres seres.

—¿Qué es eso? —inquirió Lucy en un susurro—. Parecen tres castores sentados a la mesa.

—O un enorme nido de ave —replicó Edmund.

—A mí me parece más bien un almiar (N.R.: pajar con un palo en el centro) —dijo Caspian.

Reepicheep corrió al frente, saltó sobre una silla y de allí a la mesa, y la recorrió veloz, avanzando con la agilidad de un bailarín por entre copas adornadas con piedras preciosas, pirámides de fruta y saleros de marfil. Fue hasta la misteriosa masa gris del extremo: la inspeccionó, la tocó y a continuación declaró:

—Éstos no pelearán, me parece.

Todos se acercaron entonces y vieron que lo que ocupaba aquellos tres asientos eran tres hombres, aunque resultaba difícil reconocerlos como hombres hasta que los miraron con atención. Sus cabellos, que eran grises, habían crecido por encima de los ojos hasta casi ocultar sus rostros, y las barbas habían crecido por encima de la mesa, trepando y enroscándose alrededor de los platos y copas del mismo modo que las zarzas se enroscaban a una valla hasta que, entremezclados en una enorme mata de cabellos, habían caído por encima del borde de la mesa y habían llegado al suelo. Y de sus cabezas colgaban las melenas por encima de los respaldos de sus asientos hasta ocultarlos por completo. En realidad los tres hombres eran casi únicamente pelo.

—¿Muertos? —preguntó Caspian.

—No creo, Señor —respondió Reepicheep, levantando una de las manos fuera de la maraña de cabellos con ayuda de sus dos zarpas—. Éste está caliente y le late el pulso.

—A éste también, y a éste —anunció Drinian.

—Vaya, sólo están dormidos —comentó Eustace.

—Pero ha sido un sueño muy largo —indicó Caspian—, para que sus cabellos crecieran así.

—Sin duda es un sueño hechizado —dijo Lucy—. En cuanto desembarcamos en esta isla sentí que estaba llena de magia. ¿Creéis que a lo mejor hemos venido aquí a romper el hechizo?

—Podemos intentarlo —repuso Caspian, y empezó a zarandear a uno de los tres durmientes.

Por un momento todos pensaron que iba a tener éxito, ya que el hombre respiró con fuerza y murmuró: «No iré más al este. Fuera los remos por Narnia». Pero volvió a sumirse casi de inmediato en un sueño todavía más profundo que antes: es decir, la pesada cabeza se inclinó unos centímetros más en dirección a la mesa y todos los esfuerzos por volver a despertarlo fueron infructuosos.

Con el segundo sucedió algo muy parecido: «No nacimos para vivir como animales. Ve al este mientras tengas una posibilidad de hacerlo... Tierras detrás del sol», y volvió a dormirse. Y el tercero se limitó a decir: «Mostaza, por favor», y se durmió profundamente.

–Fuera remos por Narnia, ¿eh? –dijo Drinian.

–Sí –asintió Caspian– tenéis razón, Drinian. Creo que nuestra búsqueda ha llegado a su fin. Echemos una mirada a sus anillos. Sí, éstos son sus símbolos. Éste es Lord Revilian. Éste es Lord Argoz; y éste, Lord Mavramorn.

–Pero no podemos despertarlos –indicó Lucy –¿Qué haremos?

–Si me disculpan Sus Majestades –intervino Rhince– ¿por qué no empezamos a comer mientras lo discuten? No se ve una cena como ésta todos los días.

–¡Ni se te ocurra! –exclamó Caspian.

–Tiene razón, tiene razón –dijeron varios de los marineros–. Hay demasiada magia por aquí. Cuanto antes regresemos a bordo, mejor.

–Podéis estar seguros –dijo Reepicheep– de que fue por comer estos alimentos por lo que los tres lores se sumieron en este sueño de siete años.

–No los tocaría ni para salvar mi vida –declaró Drinian.

–Oscurece con una rapidez extraordinaria –observó Rynelf.

–Regresemos al barco, regresemos al barco– mascullaron los hombres entre dientes.

–Realmente pienso que tienen razón –dijo Edmund– Podemos decidir qué hacer con los tres durmientes mañana. No nos atrevemos a probar la comida y no existe ningún motivo para que nos quedemos a pasar la noche aquí. Todo el lugar huele a magia y a peligro.

–Comparto la opinión del rey Edmund –declaró Reepicheep– en lo que concierne a la tripulación del barco en general. Pero yo, por mi parte, me sentaré a esta mesa hasta el amanecer.

–¿Por qué diantre? –dijo Eustace.

–Porque –contestó el ratón– ésta es una gran aventura, y ningún peligro me parece tan grande como el de saber, a mi regreso a Narnia, que dejé un misterio tras de mí por culpa del miedo.

–Me quedaré contigo, Reep –anunció Edmund.

–También yo –dijo Caspian.

–Y yo –declaró Lucy.

Y a continuación Eustace también se ofreció como voluntario, lo que fue un gran acto de valentía por su parte, ya que no haber leído jamás sobre tales cosas ni haber oído hablar de ellas hasta que se unió al «Viajero del Alba» empeoraba más las cosas para él que para los demás.

–Imploro a Su Majestad... –empezó Drinian.

–No, milord –dijo Caspian– Vuestro lugar está en el barco, y habéis tenido todo un día de trabajo mientras que nosotros hemos estado ociosos.

Se produjo una larga discusión al respecto, pero finalmente Caspian se salió con la suya. Mientras la tripulación partía hacia la playa en medio de la creciente oscuridad ninguno de los cinco vigilantes, excepto tal vez Reepicheep, pudo evitar sentir un helado nudo en el estómago.

Tardaron bastante tiempo en elegir asientos ante la peligrosa mesa. Probablemente todos tenían el mismo motivo pero nadie lo dijo en voz alta; pues en realidad se trataba de una elección desagradable. A todos les resultaba difícil soportar la idea de tener que pasar toda la noche sentado cerca de aquellos tres horribles objetos peludos que, si bien no estaban muertos, desde luego no estaban vivos en el sentido corriente de la palabra. Por otra parte, sentarse en el otro extremo, de modo que los distinguirían cada vez menos a medida que oscureciera, y no podrían darse cuenta de si se movían, y quizá no podrían verlos en absoluto a partir de las dos de la madrugada... no, aquello resultaba impensable. Así pues, deambularon alrededor de la mesa diciendo: «¿Qué os parece aquí?» y «¿O tal vez un poco más adelante?» o «¿Por qué no en este lado?». Hasta que por fin se acomodaron en un punto cerca del centro pero más cerca de los durmientes que del otro extremo. Para entonces eran alrededor de las diez y ya casi de noche. Las extrañas constelaciones brillaban en el este, y a Lucy le habría gustado más si hubieran sido el Leopardo, la Nave y otras viejas amigas del firmamento narniano.

Arrebuajados en sus capas marinas, se sentaron muy quietos y aguardaron. Al principio hubo algún intento de mantener una conversación pero no prosperó; así que permanecieron sentados largas horas, sin dejar de oír cómo rompían las olas en la playa.

Tras horas que parecieron siglos llegó un momento en el que todos comprendieron que habían estado dormitando un momento antes pero que, de repente, se hallaban totalmente despiertos. Las estrellas ocupaban posiciones distintas de las que tenían la última vez que las observaron, y el cielo estaba muy negro, a excepción de un gris apenas perceptible en el este. Estaban helados, sedientos y entumecidos, y ninguno habló porque en aquel momento por fin sucedía algo.

Ante ellos, más allá de las columnas, había la ladera de una colina baja. Y, justo entonces, una puerta se abrió en la falda de la elevación, apareció la luz en la entrada, salió una figura al exterior y la puerta se cerró tras ella. La aparición sostenía un candil, y su luz era en realidad lo único que distinguían con claridad, mientras se acercaba despacio hasta detenerse justo ante la mesa, frente a ellos. Entonces pudieron ver que se trataba de una joven alta, vestida con una única prenda larga de color azul claro que dejaba los brazos al descubierto. Llevaba la cabeza sin cubrir y los dorados cabellos le caían por la espalda. Y cuando la miraron se dijeron que nunca antes habían sabido lo que realmente significaba la belleza.

La luz que sostenía era una vela larga en un candelero de plata que depositó sobre la mesa. Si había soplado viento desde el mar a primeras horas de la noche, sin duda se había desvanecido ya, pues la llama de la vela ardía tan recta e inmóvil como si estuviera en una habitación con las ventanas cerradas y las cortinas corridas. El oro y la plata de la mesa relucían bajo aquella luz.

Entonces Lucy advirtió algo colocado longitudinalmente sobre la mesa que había escapado a su atención antes. Era un cuchillo de piedra, afilado como el acero, un objeto de aspecto antiguo y cruel.

Nadie había dicho una palabra todavía. —Entonces Reepicheep primero y Caspian después— todos se pusieron en pie, pues sentían que estaban en presencia de una gran dama.

—Viajeros que habéis venido desde lejos a la Mesa de Aslan—dijo la muchacha—. ¿Por qué no coméis ni bebéis?

—Señora—respondió Caspian—, temíamos la comida porque pensábamos que había sumido a nuestros amigos en un sueño hechizado.

—Jamás la han probado—declaró ella.

—Por favor—pidió Lucy—, ¿qué les sucedió?

—Hace siete años—dijo la joven—, vinieron aquí en un barco cuyas velas estaban hechas jirones y los maderos a punto de desprenderse. Había unos cuantos hombres más con ellos, marineros, y cuando llegaron ante esta mesa uno dijo: «Aquí tenemos un buen sitio. ¡Dejemos de largar velas, de plegarlas y de remar y sentémonos para acabar nuestros días en paz!». Y el segundo dijo: «No, volvamos a embarcar y naveguemos en dirección a Narnia y el oeste; puede que Miraz haya muerto». Pero el tercero, que era un hombre muy autoritario, se levantó de un salto y les espetó: «No, cielos. Somos hombres y telmarinos, no bestias. ¿Qué deberíamos hacer sino buscar una aventura tras otra? No nos queda mucho tiempo de vida, de todos modos, así que utilicémoslo en buscar el mundo deshabitado situado tras la salida del sol». Y mientras disputaban, el tercero se apoderó del Cuchillo de Piedra que descansa ahí sobre la mesa, dispuesto a pelear contra sus compañeros. Pero es un objeto que él no debía tocar, y en cuanto sus dedos se cerraron sobre la empuñadura, un sueño profundo se apoderó de los tres. Y hasta que se deshaga el hechizo no despertarán.

—¿Qué es este Cuchillo de Piedra?—preguntó Eustace.

—¿Ninguno de vosotros lo conoce?—inquirió la muchacha.

—Creo... creo—dijo Lucy— que he visto algo parecido. Era un cuchillo como ése que la Bruja Blanca usó cuando mató a Aslan en la Mesa de Piedra hace mucho tiempo.

—Era el mismo—respondió ella—, y fue traído aquí para ser conservado con honor mientras perdure el mundo.



Edmund, que se había mostrado cada vez más incómodo durante los últimos minutos, dijo entonces:

–Escuchad. Espero no ser un cobarde... respecto a lo de comer estos alimentos, me refiero... y, desde luego, no es mi intención ser grosero. Pero nos ha sucedido gran cantidad de aventuras extrañas en este viaje nuestro y las cosas no son siempre lo que parecen. Cuando os miro al rostro no puedo evitar creer todo lo que decís; pero eso es también lo que sucedería con una bruja. ¿Cómo podemos saber que sois una amiga?

–No podéis. Sólo podéis creer... o no.

Tras una corta pausa se oyó la voz fina de Reepicheep:

–Señor –dijo a Caspian–, si sois tan amable, llenad mi copa con vino de esta jarra: es demasiado grande para que la pueda levantar. Beberé a la salud de la dama.

Caspian aceptó y el ratón, de pie sobre la mesa, alzó una copa de oro entre sus diminutas patas y dijo:

–Señora, brindo por vos.

A continuación empezó a comer fiambre de pavo real, y al poco rato todos siguieron su ejemplo. Estaban muy hambrientos y la comida, aunque no fuera lo ideal para un desayuno temprano, era excelente como cena tardía.

–¿Por qué la llaman la Mesa de Aslan? –preguntó Lucy al cabo de un rato.

–Está colocada aquí siguiendo sus órdenes –respondió la joven–, para aquellos que lleguen tan lejos. Algunos llaman a esta isla el Fin del Mundo, pues aunque se pueda navegar más allá, éste es el principio del fin.

–Pero ¿cómo es que la comida no se estropea? –inquirió el práctico Eustace.

–Es comida renovada diariamente –respondió ella–. Ya lo veréis.

–Y ¿qué vamos a hacer respecto a los Durmientes? –quiso saber Caspian– En el mundo del que vienen mis amigos –en aquel punto indicó con la cabeza a Eustace y a los hermanos Pevensie, – existe una historia de un príncipe o un rey que llega a un castillo en el que todos duermen un sueño mágico. En aquella historia el príncipe no podía romper el hechizo hasta haber besado a la princesa.

–Pero aquí –repuso la joven– es distinto. Aquí no puede besar a la princesa hasta que haya roto el hechizo.

–En ese caso –declaró Caspian–, en nombre de Aslan, mostradme cómo puedo poner manos a la obra de inmediato.

–Mi padre os lo enseñará –respondió ella.

–¡Vuestro padre! –exclamaron todos–. Quién es? Y ¿dónde está?

–Mirad –dijo la muchacha, dándose la vuelta y señalando la puerta de la ladera de la colina.

La vieron entonces con más facilidad, pues mientras habían estado hablando, las estrellas habían perdido luminosidad y grandes brechas de luz blanca empezaban a aparecer en la semi-oscuridad del cielo oriental.



## EL AUTÉNTICO FIN DEL MUNDO

Capítulo 16 de «La travesía del Viajero del Alba». Fragmento final.

... Nadie en aquel bote tuvo la menor duda de que veían más allá del Fin del Mundo y contemplaban el país de Aslan.

En aquel momento, con un crujido, el bote encalló. El agua tenía muy poca profundidad para él.

–Aquí –anunció Reepicheep– es donde yo sigo solo.

Ni siquiera trataron de detenerlo, pues todo parecía entonces como si estuviera predestinado o hubiera sucedido antes, limitándose a ayudar a su amigo a bajar la barca al agua. A continuación el ratón se quitó la espada («ya no la necesitaré más», declaró) y la arrojó muy lejos, al mar de lirios. El arma quedó en posición vertical, allí donde cayó, con la empuñadura sobresaliendo de la superficie. Luego se despidió de ellos, intentando mostrarse triste para no ofenderlos, aunque en realidad temblaba de felicidad. Lucy hizo entonces, por primera y última vez, lo que siempre había deseado hacer: tomarlo en sus brazos y acariciarlo. Acto seguido, el ratón subió apresuradamente a su embarcación y tomó el remo, y la corriente lo atrapó y lo arrastró con ella, una figura muy oscura recortándose contra los lirios. Pero no crecían lirios en la ola, que era una ladera verde y lisa. La pequeña barca avanzó cada vez más de prisa, y con toda elegancia ascendió por la pared de la ola. Durante una fracción de segundo vieron su silueta y la de Reepicheep en la cima misma. Luego se desvaneció, y desde aquel momento nadie puede afirmar realmente haber visto al ratón Reepicheep. Sin embargo, lo que yo creo es que llegó sano y salvo al país de Aslan y sigue viviendo allí hoy día.



A medida que el sol se alzaba, la imagen de aquellas montañas situadas fuera del mundo se fue desvaneciendo. La ola permaneció allí pero no había más que cielo azul detrás de ella.

Los niños saltaron de la embarcación y vadearon, pero no en dirección a la ola sino hacia el sur, con la pared de agua a su izquierda. No podrían haber explicado por qué lo hacían; era su destino. Y aunque habían sentido –y habían actuado– como adultos a bordo del «Viajero del Alba», ahora experimentaban todo lo contrario y se tomaron de las manos mientras vadeaban por entre los lirios. No notaron cansancio. El agua estaba caliente y cada vez era menos profunda. Por fin llegaron a un lugar donde había arena seca, y de allí pasaron a una superficie con hierba; una enorme extensión de hierba muy corta, casi al mismo nivel que el Mar de Plata y extendiéndose en todas direcciones sin una topera siquiera.

Y desde luego, como sucede siempre en un lugar totalmente llano y sin árboles, parecía como si el cielo descendiera al encuentro de la hierba frente a ellos. De todos modos, a medida que seguían adelante tuvieron la extrañísima impresión de que allí sí que el cielo descendía realmente para unirse a la tierra, en forma de pared azul, muy brillante, pero real y sólida: más parecida a cristal que a cualquier otra cosa. Y no tardaron en estar muy seguros de que así era. Se encontraban muy cerca ya.

No obstante, entre ellos y la parte inferior del cielo había algo tan blanco sobre la hierba verde que ni siquiera sus ojos de águila podían contemplarlo. Se acercaron y descubrieron que se trataba de un pequeño cordero blanco.



–Venid a desayunar –dijo el cordero con su voz dulce y tierna.

En ese momento advirtieron por vez primera que había un fuego encendido en la hierba y pescado asándose en él. Se sentaron y devoraron el pescado, hambrientos por primera vez desde hace muchos días. Y fue la comida más deliciosa que habían probado jamás.

–Por favor, cordero –dijo Lucy–, ¿es éste el camino al país de Aslan?

–No para vosotros –respondió él–. Para vosotros la puerta al país de Aslan se encuentra en vuestro propio mundo.

–¿Qué? –exclamó Edmund–. ¿También hay un modo de llegar al país de Aslan desde nuestro mundo?

–Existe un camino hasta mi país desde todos los mundos –dijo el cordero, pero mientras hablaba, su manto níveo se transformó en rojo dorado y su tamaño cambió y se convirtió en el mismísimo Aslan, elevándose por encima de ellos a la vez que proyectaba haces de luz desde su melena.

–Aslan –dijo Lucy–, ¿nos dirás cómo entrar en tu país desde nuestro mundo?

–Os lo diré tantas veces como haga falta –respondió él–. Pero no os diré lo largo o lo corto que será; únicamente que se encuentra al otro lado de un río. Pero no temáis, porque yo soy el gran Constructor de Puentes. Y ahora venid; abriré una puerta en el cielo y os enviaré de vuelta a vuestro país.

–Por favor, Aslan –dijo Lucy–. Antes de que nos vayamos, ¿nos dirás cuándo podremos regresar a Narnia otra vez? Y por favor, por favor, haz que sea pronto.

–Querida mía –respondió Aslan con dulzura–, ni tú ni tu hermano regresaréis jamás a Narnia.

–¡Aslan! –exclamaron Edmund y Lucy a la vez, con un tono de desesperación en sus voces.

–Sois demasiado mayores, chicos –dijo él–, y ahora debéis empezar a acercaros más a vuestro propio mundo.

–No se trata de Narnia, ¿sabes? –sollozó Lucy–. Se trata de ti. No te veremos allí. Y ¿cómo podremos vivir sin volver a verte?

–Pero me veréis, querida mía –respondió Aslan.

–¿Estás... estás también allí, señor? –preguntó Edmund.

–Lo estoy –respondió el león–, pero allí tengo otro nombre. Tenéis que aprender a conocerme por ese nombre. Éste fue el motivo por el que se os trajo a Narnia, para que al conocerme aquí durante un tiempo, me pudierais reconocer también allí.

–¿Y tampoco volverá nunca Eustace?– quiso saber Lucy.

–Pequeña –dijo Aslan–, ¿realmente necesitas saber eso? Vamos, estoy abriendo la puerta en el cielo.

Entonces, de repente, se produjo un desgarrón en la pared azul –como si se rasgara una cortina– y surgió una terrible luz blanca de más allá del cielo, al tiempo que percibían el contacto de la melena de Aslan y un beso del León en la frente y a continuación... se encontraron de vuelta en el dormitorio de la parte de atrás de la casa de la tía Alberta, en Cambridge...



# LA NOCHE CAE SOBRE NARNIA

Capítulo 14 de «La última batalla». (Escena del Apocalipsis de Narnia).

Todos permanecieron inmóviles junto a Aslan, a su derecha, y miraron a través del umbral abierto.

La hoguera se apagó. En la tierra todo era oscuridad: en realidad, no habría podido saberse que se contemplaba un bosque de no haber visto donde finalizaban las formas oscuras de los árboles y empezaban las estrellas. Pero después de que Aslan rugiera una vez más, los niños contemplaron a su izquierda otra forma oscura. Es decir, vieron otra zona en la que no había estrellas: y la forma se alzó cada vez más alta y se convirtió en la figura de un hombre, en el más enorme de todos los gigantes. Todos conocían Narnia lo bastante bien como para adivinar dónde debía estar el hombre. Sin duda se encontraba en los páramos altos que se extienden hacia el norte, más allá del río Shribble.

Entonces Jill Pole y Eustace recordaron que en una ocasión, tiempo atrás, en las profundas cavernas situadas bajo aquellos páramos, habían visto a un gigante enorme que dormía y les habían dicho que su nombre era Padre Tiempo, y que despertaría el día que el mundo tocara a su fin.

—Sí—dijo Aslan, aunque ellos no habían dicho nada en voz alta—; mientras dormía, su nombre era Tiempo. Ahora que está despierto tendrá otro nombre.

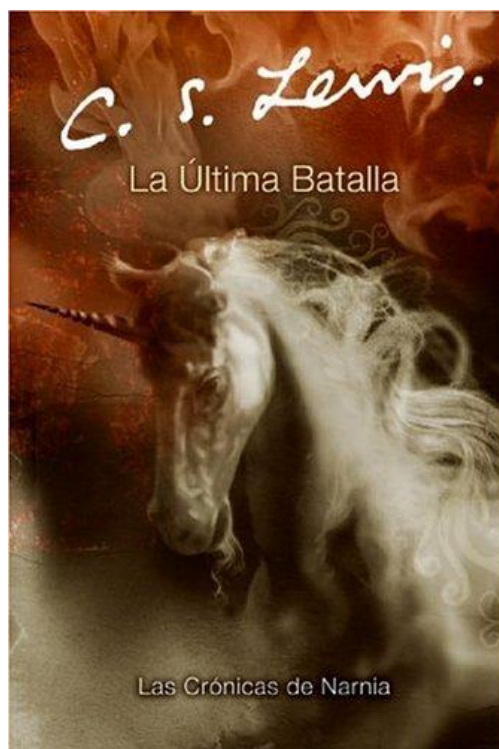
Entonces, el enorme gigante se llevó un cuerno a la boca. Lo adivinaron por el cambio que tuvo lugar en la negra figura al recortarse contra las estrellas. Tras ver aquello —bastante más tarde, pues el sonido viaja muy despacio— oyeron la llamada del cuerno: aguda y terrible, pero también de una belleza extraña y letal.

Inmediatamente el cielo se llenó de estrellas fugaces. Incluso una sola estrella fugaz es algo precioso de contemplar, pero aquéllas eran docenas, y luego centenares, hasta que se convirtió en algo parecido a una lluvia de plata que caía ininterrumpidamente. Después de que siguiera así durante un buen rato, uno o dos de ellos empezaron a pensar que había otra forma oscura recortándose contra el cielo además de la del gigante. Se encontraba en un lugar distinto, justo en lo alto, encima del «tejado» mismo del cielo.

«A lo mejor es una nube», pensó Eustace. En cualquier caso, allí no había estrellas, sino únicamente oscuridad. A su alrededor, el aguacero de estrellas siguió, mientras aquella zona del firmamento sin estrellas iba creciendo y extendiéndose cada vez más desde el cielo. Al poco tiempo cubría una cuarta parte del cielo nocturno, luego la mitad, y por fin la lluvia de estrellas sólo se percibía muy abajo, aproximándose a la línea del horizonte.

Con un escalofrío de asombro (y también algo de terror) todos comprendieron de repente qué sucedía. La oscuridad creciente no era una nube: era simplemente el vacío. La parte negra del cielo era aquella región de la noche donde no quedaban ya estrellas; todas ellas habían caído pues Aslan las había llamado de vuelta a casa.

Los segundos que precedieron al final de la lluvia de estrellas fueron muy emocionantes, ya que las estrellas empezaron a caer alrededor de ellos. Pero en el mundo narniano no son las enormes bolas de fuego que conocemos en el nuestro. Son como personas, y Edmund y Lucy ya habían conocido a una cuando llegaron a la Mesa de Aslan. De modo que se encontraron en un «aguacero» de personas resplandecientes, todas con largas melenas como hebras de plata ardiente, moviéndose como lanzas de metal al rojo vivo, precipitándose hacia ellos desde la oscuridad de la noche, más velo-



ces que un desprendimiento de rocas. Emitían un siseo al anarnizar quemando la hierba bajo sus pies. Todas iban deslizándose junto a ellos y fueron a ubicarse más atrás, un poco a la derecha.

Aquello fue una gran ventaja porque, de lo contrario, al no quedar estrellas en el firmamento, todo se habría sumido en una completa oscuridad y no hubieran podido ver nada. Pero lo cierto era que la multitud de estrellas situada detrás de ellos proyectaba una intensa luz blanca por encima de sus hombros, y pudieron contemplar kilómetros y kilómetros de bosques narnianos ante sus ojos, como iluminados por unos potentes faros. Cada matorral y casi cada hierba tenían una negra sombra detrás de ellas, pero el reborde de las hojas destacaba con tal nitidez que daba la impresión de poder cortar un dedo con su brillante filo.

En la hierba, frente a ellos, se extendían sus propias sombras. Pero lo más espléndido era la sombra de Aslan, que se alargaba a su izquierda, enorme y terrible. Y todo aquello sucedía bajo un cielo que se iba a quedar sin estrellas para siempre.

La luz que surgía detrás de ellos (y un poco a la derecha) era tan fuerte que iluminaba incluso las laderas de los páramos del Norte. Algo se movía allí. Animales enormes trotaban o se arrastraban deslizándose hacia Narnia: grandes dragones, dinosaurios gigantes y aves sin plumas como enormes murciélagos. Aquellas criaturas desaparecieron en el interior de los bosques, y durante unos pocos minutos reinó el silencio.

Luego llegaron –al principio desde muy lejos– sonidos de llantos y, a continuación, procedentes de todas direcciones, crujidos tamborileos y un poderoso rumor de alas batiendo los aires. Cada vez se oían más cerca. Pronto nadie fue capaz de distinguir el correteo de pies menudos, del sonido de garras enormes al avanzar, ni el *clac-clac* de cascos pequeños del tronar de grandes pezuñas. Y a continuación pudo verse el resplandor de miles de pares de ojos. Y por fin, surgiendo de las sombras de los árboles, corriendo colina arriba como una exhalación, aparecieron miles, millones de multiformes criaturas: bestias parlantes, enanos, sátiros, faunos, unicornios, gigantes, salvajes calormenos, hombres de la tierras de Archenland, monopodos y extraños seres sobrenaturales venidos de islas remotas o tierras desconocidas. Todos ellos corrían hacia el mágico umbral donde estaba situado Aslan.

Aquella parte de la aventura fue la única que pareció como un sueño en su momento y resultó bastante difícil de recordar debidamente en ocasiones posteriores. En especial, era imposible determinar cuánto tiempo duró. A unos les parecía que toda la escena tuvo lugar durante unos largos minutos pero otros tenían la sensación que hubiese transcurrido a lo largo de años. Evidentemente, a menos que la puerta se hubiera ensanchado de forma milagrosa o que las criaturas hubiesen encogido de tamaño, no parecía posible que una multitud como aquella hubiese podido cruzar por allí. Pero nadie pensaba en tales cosas cuando las estaban viendo.

Las criaturas seguían llegando como una marea viviente, con los ojos cada vez más brillantes a medida que se acercaban a las estrellas, puestas en pie y reunidas cerca de aquella puerta. Y a medida que se aproximaban a la presencia de Aslan, reaccionaban de dos formas distintas. Todas lo miraban directamente a la cara, al parecer sin tener posibilidad de evadir la mirada de Aslan; y al hacerlo la expresión de sus rostros cambiaba dramáticamente. Sus rostros reflejaban intensas expresiones de miedo y odio a la vez. En el rostro de las bestias parlantes las expresiones de miedo y odio duraban apenas unas fracciones de segundo. Se advertía que algunas perdían su apariencia y dignidad de bestias parlantes pasando a convertirse en animales corrientes. Todas las criaturas que miraba a Aslan de aquel modo se desviaban a la izquierda del León, y desaparecían en el interior de su enorme sombra negra que, como ya hemos dicho, se perdía a lo lejos a la izquierda del umbral. Los niños jamás volvieron a verlas. No sé que fue de ellas. Pero las demás contemplaban el rostro de Aslan y expresaban un profundo sentimiento de amor, aunque algunas se sentían muy asustadas al mismo tiempo. Y quienes lo hacían, cruzaban los dinteles de aquella puerta, a la derecha de Aslan. Entre ellas habían algunos especímenes curiosos. Eustace reconoció incluso a uno de los enanos que habían disparado a los caballos; pero no tuvo tiempo de hacerse preguntas respecto a aquello (y además no era asunto suyo), ya que una gran dicha apartó de su mente todo lo demás. Entre las criaturas felices que se amontonaban ya alrededor del rey Tirian y sus amigos estaban aquellas que hab-



ían creído muertas. Vieron a Roonwit, el centauro; Perla, el unicornio; el buen oso y el buen jabalí; Sagaz, el águila; los queridos perros y caballos, y Poggin, el enano.

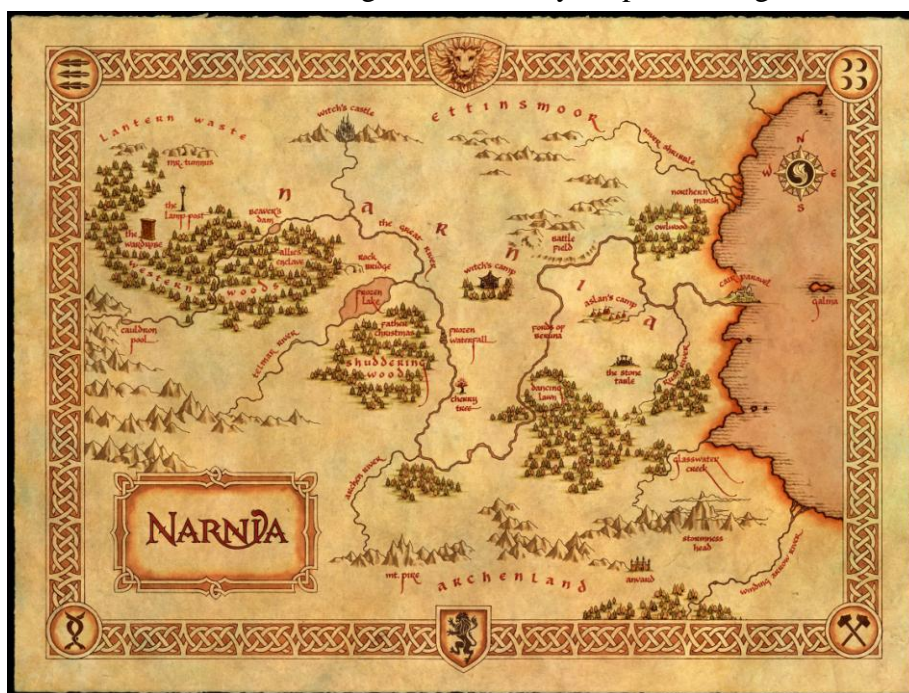
—¡Entrad sin miedo y subid más!—gritó Roonwit y partió hacia el oeste en medio de un galope atronador.

Y si bien no lo comprendieron, las palabras parecieron provocarles un hormigueo por todo el cuerpo. El jabalí les dedicó un gruñido alegre, y el oso estaba a punto de farfullar que seguía sin entender, cuando divisó árboles frutales situados detrás de los niños. La criatura marchó bamboleante hacia ellos tan deprisa como pudo y allí, sin duda, encontró algo que entendía a la perfección. No obstante, los perros se quedaron meneando la cola, y Poggin, el enano, estrechó las manos a todo el mundo con una enorme sonrisa en su rostro de persona honrada. Perla apoyó su nívea cabeza sobre el hombro del rey, y éste le susurró algo al oído. Luego todos volvieron la atención a lo que se veía por la puerta.

Los dragones y lagartos gigantes eran ahora los dueños de Narnia e iban de un lado a otro arrancando árboles de raíz y aplastándolos como si se tratasen de ramitas de ruibarbo. En cuestión de minutos aquellos bosques desaparecieron. Todo el terreno quedó desnudo percibiéndose todos los detalles de aquel tortuoso relieve recién roturado: huecos, hondonadas y montículos pequeños que nunca antes estuvieron al descubierto. Toda la hierba se secó y Tirian no tardó en darse cuenta de que contemplaba una gran aridez de tierra y roca pelada. Parecía imposible que algo hubiese vivido allí antes. Después contemplaron con asombro cómo todos aquellos enormes saurios envejecían a ojos vista, se tambaleaban y caían muertos en aquel suelo desolado, mientras su carne se secaba rápidamente y las grandes osamentas quedaban esparcidas sobre la roca inerte como si hubieran permanecido allí miles de años. Durante mucho tiempo todo permaneció en silencio.

Por fin algo blanco —una blanca y larga línea horizontal brillando bajo la luz de las estrellas que aún permanecían de pie— avanzó hacia ellos desde el extremo oriental del mundo. Un ruido nuevo rompió el silencio: primero en forma de murmullo, luego de retumbo y después de rugido. A continuación pudieron ver qué

era lo que se acercaba, y a qué velocidad lo hacía. Se trataba de una espumosa y blanca pared de agua, como un tsunami gigantesco. El mar se alzaba como un muro y en aquel mundo sin árboles se podía apreciar con absoluta claridad. Vieron cómo los ríos se ensanchaban, las hondonadas se iban cubriendo de lagos cada vez más grandes hasta unirse en uno solo, mientras las colinas se transformaban en islas que acababan desapareciendo. Los páramos altos a su izquierda y las



estribaciones montañosas a su derecha se desmoronaban retumbando como una explosión al desplegarse en aquel chapoteo de aguas emergentes, hasta que las aguas terminaron por arremolinarse mansamente hasta el umbral mismo de la puerta, pero sin atravesarlo jamás. Unas pequeñas olas acariciaron las patas de Aslan, como embajadoras de aquellas aguas que le rendían honores. Todo era una masa líquida, desde el lugar donde contemplaban todo aquel espectáculo hasta la profunda lejanía donde el agua se fundía con el firmamento.

Y desde aquellas infinitas regiones un alba de oro líquido comenzó a clarear. El haz luminoso de un amanecer deprimente y catastrófico comenzó a extenderse por el horizonte y hacia lo alto, creciendo en intensidad hasta que apenas advirtieron la luz de las estrellas situadas detrás de ellos. Finalmente salió el sol. Cuando lo hizo, lord Digory Kirke y lady Polly intercambiaron una mirada y asintieron levemente; los dos, en un mundo distinto, habían visto mucho tiempo atrás un sol moribundo, y por eso supieron entonces que aquel sol también estaba expirando. Era tres, o veinte veces mayor de lo que solía ser en los días narnianos, y de un color rojo muy oscuro. Cuando sus rayos cayeron sobre el enorme gigante del tiempo, también él se tornó rojo. Y bajo el reflejo de aquel sol escarlata toda aquella inmensidad de aguas sin orillas parecía un terrible mar de sangre.

Entonces apareció la luna, en una posición totalmente errónea, muy cerca del sol, y también ella parecía una esfera granate. Al verla, el sol comenzó a lanzar llamaradas enormes, como si fueran bigotes o serpientes de fuego carmesí, en dirección a ella, como un pulpo que intentase atraerla con sus tentáculos. Y tal vez fuera así, pues ella fue hacia él, al principio muy despacio, pero cada vez más aceleradamente, hasta que las llamas del sol la rodearon fundiéndose como una masa de cera para formar una sola esfera inmensa como un tizón encendido sobre el cielo arrebolado. Algunas manchas incandescentes se desprendían de su superficie para caer sobre el océano narniano levantando columnas de vapor

—Acabemos ya— dijo entonces Aslan.

El gigante arrojó su cuerno al mar, y seguidamente alargó un brazo, como un oscuro y poderoso árbol que penetraba miles de kilómetros en las esferas celestes, hasta que su mano alcanzó el sol como unas enormes tenazas. Lo cogió y lo oprimió como si estuviese exprimiendo una naranja, y repentinamente todo se oscureció.

Todos, a excepción de Aslan, dieron un salto hacia atrás al sentir el golpe del aire gélido que provenía del lugar donde estuvo el sol, soplando a través de la puerta, cuyos bordes se veían ahora cubiertos de carámbanos.

—Peter, Sumo Monarca de Narnia —dijo Aslan—. Cierra la puerta.

Peter, tiritando, avanzó hacia los gélidos dinteles y tiró hacia sí de la puerta, que chirrió sobre el hielo al moverse. Luego, con cierta torpeza, pues en aquel instante sus manos habían quedado entumecidas y azuladas por el frío, sacó una llave dorada y la hizo girar en la cerradura.

Habían visto cosas muy extrañas a través de aquella puerta; pero resultaba aún más extraño mirar en torno y encontrarse bajo la cálida luz de un sol nuevo, con el cielo azul en lo alto, flores a los pies y la risa pintada en los regios ojos de Aslan.

El león se dio la vuelta rápidamente, se agachó aún más, azotándose con la propia cola y salió disparado al frente como una flecha que abandona el arco.

—¡Entrad sin miedo! ¡Subid más! —gritó por encima del hombro.

Pero ¿quién podía mantenerse a su altura yendo a aquella velocidad? Empezaron a moverse hacia el oeste, siguiéndolo.

—Bien —anunció Peter—, la noche cae sobre Narnia. ¡Vaya Lucy! ¿No estarás llorando? ¿Con Aslan ahí delante y todos nosotros aquí?

—No intentes impedírmelo, Peter —respondió ella—. Estoy segura de que Aslan no lo haría. Estoy convencida de que no está mal llorar por Narnia. Piensa en todo lo que yace muerto y congelado detrás de esa puerta.

—Sí, y yo realmente esperaba —dijo Jill Pole— que perdurara para siempre. Sabía que nuestro mundo no era eterno, pero pensaba que Narnia podía serlo.

—Yo vi sus inicios —indicó lord Digory—. No creí que viviera para verla morir.

—Señores —intervino Tirian—, las damas hacen bien en llorar. Mirad, yo también lo hago. He visto morir a mi madre. ¿Qué otro mundo aparte de Narnia he conocido jamás? No sería una virtud sino una gran descortesía si no llorásemos.

Se alejaron de la puerta, y mientras andaban conversaron entre sí sobre pasadas guerras, viejas paces, antiguos reyes y toda la gloria de Narnia.

Los perros seguían a su lado. Se unieron a la conversación, pero no mucho, porque estaban demasiado ocupados corriendo arriba y abajo y precipitándose a olisquear la hierba hasta estornudar. De improvviso captaron un rastro que pareció ponerlos muy nerviosos y empezaron a discutir sobre él.

–Sí, lo es.

–No, no lo es.

–Aparta tu enorme hocico de en medio y deja que todos los demás olisqueen.

–¿Qué sucede? –preguntó Peter.

–Un calormeno, señor –respondieron varios perros a la vez.

–Conducidnos a él, entonces –dijo Peter–. Tanto si nos recibe en son de paz como de guerra, le daremos la bienvenida.

Los perros salieron disparados al frente y regresaron al cabo de un momento, corriendo como si sus vidas dependieran de ello, a la vez que lanzaban sonoros ladridos para indicar que realmente se trataba de un calormeno. (Los perros parlantes, igual que los perros corrientes, se comportan como si cualquier cosa que hacen fuera sumamente importante.)

Todos siguieron a los perros y encontraron a un joven calormeno sentado bajo un castaño junto a un arroyo de aguas cristalinas. Era Emeth. El joven se alzó y les dedicó una solemne reverencia.

–Señor –dijo a Peter–, no sé si sois amigo o enemigo, pero consideraría un honor teneros por cualquiera de ambas cosas. ¿No ha dicho uno de los poetas que un amigo noble es el mejor regalo, y que un enemigo noble, el siguiente mejor?

–Señor –respondió Peter–, no pienso que deba haber ninguna disputa entre vos y yo.

–Decidnos quién sois y qué os ha sucedido –pidió Jill.

–Si se va a relatar una historia, bebamos y sentémonos –ladraron los perros–. Estamos sin aliento.

–No me extraña que lo estéis, después de correr de un lado a otro de este modo –dijo Eustace.

Así pues, los humanos se sentaron sobre la hierba. Y una vez que hubieron bebido ruidosamente en el arroyo, los perros se sentaron también, bien tiesos, jadeantes, con la lengua colgando ligeramente a un lado para escuchar la historia. El unicornio Perla permaneció de pie, frotándose el cuerno contra el costado.

